



ISEDE
INSTITUTO SUPERIOR DE
EDUCACIÓN DIVINA ESPERANZA



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE
ENCARNACIÓN



21^a LibroFeria
Encarnación
25 AÑOS DEL COMPLEJO UNA E

ANTOLOGÍA
JÓVENES
QUE CUENTAN X
Cuentos de la Libroferia Encarnación

2025

21ª Libroferia Encarnación

ANTOLOGÍA
JÓVENES QUE CUENTAN X
Cuentos de la Libroferia
Encarnación

Encarnación, Paraguay
Septiembre de 2025

Créditos Editoriales

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Los autores de los cuentos son moral y legalmente responsables de la originalidad expresada en este libro, así como del respeto a los derechos de autor; por lo tanto, no comprometen en ningún sentido a la editorial.



EDITORIAL DIVESPER

Kreusser e/ Honorio González e Independencia
Nacional — Encarnación, Paraguay
Teléfono: 595 71 205454
email: editorial@unae.edu.py
www.unae.edu.py

Nadia Czeraniuk, Presidenta de la Comisión Organizadora de la Libroferia
Encarnación — Dirección Editorial.

**Verena Schaefer, Julia Stark, Nidia Cabrera, Diana Rodríguez, María
Sienkawiec, Wilma Estela Gamarra y Graciela Lezczano**

Comité de evaluación y corrección.

Henry Chávez Corrección y revisión del estilo.

Milia Gayoso, Lourdes Talavera y Feliciano Acosta, Jurado a cargo de la
selección de los tres primeros lugares.

Francisco Cantoni, Gestión de publicaciones, ilustración por IA, diseño y
diagramación.

© EDITORIAL DIVESPER
112 Páginas
Impreso en Centro Gráfico
Encarnación, septiembre 2025.

ISBN: 978-99989-945-5-3



ÍNDICE

PRESENTACIÓN

Nadia Czeraniuk de Schaefer 7

PRÓLOGO

Bernardo Neri Farina 8

1. LOS NUDOS DE SU AUSENCIA 13

Cecilia Adriana Bogarín Figueredo

2. TRES PEDACITOS DE CIELO 18

Fiorella Luján Rivas Insaurrealde

3. LA CARTA QUE CRUZÓ EL OCÉANO 22

Sofía Aquino Lugo

4. EL SUSURRO 25

Fernando Gabriel Vera Ruíz Díaz

5. LADRILLOS DE DIGNIDAD 31

Joel Duarte

6. SEMILLA DE FUTURO 35

Thiago Basili Riveros

7. LA MEMORIA DEL SABOR 38

Camila Licet Silva Paredes

8. EL ESCUDO Y LA FLOR 43

Giovanna Nicole Rapetti Jara

9. A CENTÍMETROS DEL MUNDO 50

Veronica Belen Figueredo Cabral

10. LA RATA Y LA ESTRELLA 54

Dulce Samira Bernal Velazquez

11. LA PACIENTE 000 59

Axel Roland Schulz Villalba

12. RUIDO BLANCO	65
<i>Adriana Noemí Insfran Fariña</i>	
13. LA DECISIÓN	69
<i>Elisa Yuri Imura Umayahara</i>	
14. ONCE LOROS	75
<i>Roy Ezequiel González Gerometta</i>	
15. ABRIL DEL 47	81
<i>Gerónimo Daniel Zarza Aquino</i>	
16. ENTRE LIBROS Y SILENCIOS	87
<i>Belissa Fabiana Nizuyda Duarte</i>	
17. ELLA Y YO	92
<i>Montserrat Sofia Mongelos Burgos</i>	
18. ES OTURAN	97
<i>Samuel Jonh Alexis Benitez Forcado</i>	
19. LA PROMESA DEL JACARANDA	103
<i>Brenda Nicole Vera Schmickler</i>	
20. EL ECO DE LA INJUSTICIA	107
<i>Sol Eunice González Espínola</i>	

PRESENTACIÓN

NADIA CZERANIUK DE SCHAEFER¹

Con enorme satisfacción presentamos esta nueva edición del Concurso de Cuentos Cortos “Jóvenes que Cuentan”, realizada en el marco de la 21ª Libroferia Encarnación “Leer es Esperanza”.

Este año hemos recibido más de 100 cuentos, testimonio del entusiasmo y la creatividad de tantos jóvenes que, desde la lectura, se animan a dar el paso hacia la escritura. De ese valioso caudal de propuestas, hoy celebramos la selección de 20 cuentos, que integran esta antología y que reflejan el talento, la imaginación y la sensibilidad de una generación que mira el futuro con esperanza.

Quiero resaltar a estos jóvenes entusiastas, que comienzan a transitar el camino de escritores. Son lectores que, con valentía y dedicación, han decidido compartir sus voces, convirtiendo la palabra en arte. Los aliento a seguir avanzando con constancia, con excelencia y con el compromiso de cultivar este don que poseen, porque cada historia escrita es también una semilla de futuro.

Agradezco profundamente a quienes hicieron posible este concurso: a los docentes que acompañaron con compromiso, al jurado que evaluó con rigurosidad y al equipo de la Libroferia que sostiene esta iniciativa año tras año.

Con orgullo y alegría, los invito a descubrir y disfrutar estos 20 cuentos seleccionados, que nos hablan del talento emergente de nuestros jóvenes y de la fuerza transformadora de la lectura y la escritura.

¹ Rectora de la Universidad Autónoma de Encarnación - UNAEE.

PRÓLOGO

CUANDO LA PALABRA FLORECE EN ESPERANZA

BERNARDO NERI FARINA²

Leer y escribir son dos actos que se entrelazan como hilos de un mismo tejido. Quien se sumerge en la lectura abre ventanas al porvenir; quien escribe enciende luces que otros habrán de seguir. Y en esa doble experiencia florece la esperanza: la de creer que las palabras, las ideas y las emociones pueden transformar la realidad. Al igual que el vuelo de la imaginación, ver un relato propio impreso en un libro significa cruzar un umbral. Es dar un paso hacia un universo donde la voz personal dialoga con muchas otras, y en ese encuentro late una promesa: la de crecer, compartir y sembrar futuro.

Cada cuento de esta antología trae consigo un destello de esa esperanza. Algunos nos conducen a mundos fantásticos, otros evocan memorias íntimas; hay relatos que confrontan la injusticia y otros que rescatan la ternura de lo cotidiano. Diversas miradas, múltiples estilos, pero una misma convicción: que contar y leer es un modo de vivir, de soñar, de creer en lo posible.

Esta décima edición de Jóvenes que Cuentan, fruto del concurso en el marco de la Libroferia Encarnación, es testimonio de la fuerza juvenil y de su compromiso con la palabra escrita. Cada año, la feria nutre vocaciones, despierta talentos, afirma la certeza de que la literatura es un bien común que enriquece y fortalece a la comunidad.

Así, la escritura juvenil se alza como una siembra de futuro, un canto de confianza en que los libros abren caminos. Desde esta tradición cultural que enorgullece a Encarnación, la palabra de los jóvenes confirma que leer, crear y soñar son, hoy más que nunca, sinónimos de esperanza.

² Escritor, Presidente de la Academia Paraguaya de la Lengua Española.

Afiche promocional del concurso de cuentos cortos Jóvenes que Cuentan X



INSTITUTO SUPERIOR DE
EDUCACIÓN DIVINA
ESPERANZA

ISEDE
INSTITUTO SUPERIOR DE
EDUCACIÓN DIVINA ESPERANZA



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE
ENCARNACIÓN

X CONCURSO DE CUENTOS CORTOS

JÓVENES QUE CUENTAN

LEER ES ESPERANZA



Dirigido a jóvenes entre 16 y
25 años de todo el país.



Postulación hasta el
Jueves 31 de julio



Las bases y condiciones
disponibles en:
www.unae.edu.py/libroferia



21ª LibroFeria
Encarnación
25 AÑOS DEL COMPLEJO UNAE

EL CONCURSO

Basados en el éxito de sus primeras ediciones, la organización de la Librería Encarnación y la Universidad Autónoma de Encarnación (UNAE), organizaron en el 2025 el concurso de cuentos: “Jóvenes que cuentan X, Leer es Esperanza”. El objetivo del concurso es la búsqueda de la promoción, entre los jóvenes, de la escritura de textos literarios creativos que conlleven un proceso de reflexión sobre valores, intereses y opiniones que ellos quieran manifestar. Está dirigido a jóvenes comprendidos entre los 15 y 26 años.

Los premios son:

- Publicación en un libro: Antología “Jóvenes que Cuentan”, de los 20 mejores cuentos seleccionados, presentado en el marco de la 21ª Librería Encarnación.
- Equipos electrónicos para los 3 primeros lugares.
- Certificados respectivos.

SOBRE LOS TRABAJOS Y PARTICIPANTES

1. El tipo de cuento aceptado corresponde a la categoría de Cuentos Breves.

Temática y Extensión: El tema y la modalidad serán libres.

La extensión puede ser desde 1 a 5 páginas escritas en A4 con interlineado de 1,5 y tipo y tamaño de letra Arial 12.

2. Cada postulante podrá presentar un sólo cuento de tema libre, original e inédito (que no haya sido publicado en medios impresos o virtuales, salvo si fueran sitios de acceso restringido), que no haya sido presentado en otro concurso, o tenga cedidos o prometidos los derechos de edición y/o reproducción.

3. Los textos no podrán exceder los 7.500 caracteres con espacios.

4. No se aceptarán obras colectivas.

5. Podrán concursar escritores emergentes, de 15 a 26 años, con nacionalidad paraguaya. Es emergente quien no posea publicaciones reconocidas, aunque haya publicado ocasionalmente obras literarias. Para realizar la inscripción, se deberá rellenar un formulario web.

SOBRE EL JURADO Y EL COMITÉ DE LECTURA

6. El Comité de lectura estará compuesto por aproximadamente 5 miembros relacionados con el mundo de la literatura y las artes. Será el encargado de la selección de hasta 20 trabajos finalistas, para ser evaluados por el Jurado. Los cuentos finalistas corresponden a los cuentos que formarán parte de una Antología a ser publicada en el contexto de la 21ª Libroferia Encarnación.

7. El Jurado estará compuesto por 3 (tres) prestigiosos escritores nacionales, quienes serán los encargados de definir a los premiados en primer, segundo y tercer lugar. Su fallo será inapelable, haciéndose público en el acto de Entrega de Premios y Encuentro Cultural que se realizará en el marco de las actividades de la 21ª Libroferia Encarnación. Este jurado está compuesto por los escritores: Milia Gayoso Manzur, Feliciano Acosta y Alejandro Hernández.

PRESENTACIÓN DE LAS OBRAS Y PLAZOS

8. El plazo de presentación será desde la publicación de estas bases hasta el día 31 de julio de 2025.

9. Las obras se presentarán sin identificación de la persona autora haciendo constar el título de la misma. El envío se realizará mediante el formulario web previsto para el evento dentro de la web de la UNAE (www.unae.edu.py).

10. El formulario de inscripción también estará publicado en la FanPage de la Libroferia Encarnación.

DICTÁMENES, DERECHOS Y PREMIOS

11. Dictamen: Se darán a conocer los cuentos que formarán parte de la Antología y los 3 primeros lugares en la semana de la 21ª Libroferia Encarnación (2 al 7 de septiembre de 2025)

12. Cesión de Derechos: Los autores premiados, ceden los derechos de publicación de sus obras a la organización del Concurso, para su publicación en una Antología.

13. Cualquier punto que no estuviere estipulado en estas bases, será dirimido por la organización y los miembros del jurado.



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE
ENCARNACIÓN



21^a LibroFeria

Encarnación

25 AÑOS DEL COMPLEJO UNA E

ANTOLOGÍA
JÓVENES
QUE CUENTAN X
Cuentos de la Libroferia Encarnación

2025

1

LOS NUDOS DE SU AUSENCIA

Cecilia Adriana Bogarín Figueredo

Después de que ella se fue, mi casa empezó a llenarse de nudos.
No de esos que se atan con las manos.

No sabía de dónde venían y tampoco parecía fácil desatarlos.
Eran de esos que aparecen cuando el corazón extraña demasiado.
El primero lo encontré en mi sala.

Estaba atado por la cortina, como si el viento lo hubiese dejado
allí a propósito.

Lo miré un rato, sin tocarlo. Desde que ella se fue, dejé de
frecuentar su casa.

Ahora era un antiguo refugio al que solía ir con demasiada
frecuencia.

Me dolía el silencio del pasillo del comedor, el frío ambiente de
su habitación sin ella, la silenciosa cocina sin sus recetas, la
máquina de coser que calló para siempre.

Así que empecé a quedarme más en mi casa, aunque me sintiera
más sola.

Ese nudo en mi sala tenía la quietud de esas cosas que no piden
atención, pero la merecen.

Tal como los gestos de ella, postergándose siempre, aunque necesitara algo.

Por primera vez, sentí que no huía de su ausencia al no ir más a su casa, sino que la traía conmigo, enlazada como el nudo que tenía enfrente.

A veces, no hay que volver al lugar donde estuvo alguien, sino encontrar dónde sigue estando.

El segundo nudo no lo encontré enseguida: lo sentí.

Estaba en una de sus bufandas, una que había “heredado” al darle uso cuando ella ya no estaba.

Al principio, guardé esa bufanda y otras prendas.

No quería ponérmela y recordarla. No quería que la ausencia me vistiera a mí.

Pero una tarde fría de invierno —el invierno que comenzó cuando ella se fue, estacional y sentimentalmente hablando—, saqué la bufanda y la usé sin pensar.

Al ponérmela, noté un pequeño nudo en uno de sus flecos: ahí, apretado, seco, como aguantando algo.

No lo desenredé. No estaba lista.

La usé así, como ignoraba el dolor que sentía.

Después de eso, los nudos empezaron a aparecer más seguido.

En una funda de almohada que ella bordó, en un cuaderno donde anotaba su medicación, en mi cama, donde dormía como forma de ignorar mis pensamientos sobre ella.

No eran nudos espectaculares ni misteriosos, simplemente estaban.

Como pequeñas señales de que ella seguía anudada a mí, aunque yo estuviera intentando no pensar demasiado en todo lo que eso significaba.

El tercer nudo no estaba en un objeto. Estaba en mí.

Pasé muchos meses en silencio, hablaba poco con los demás y aún menos conmigo misma.

Fue un escudo para esquivar recuerdos.

El nudo de la bufanda se deshizo, y con él, me deshice yo también.

Lloré. No un poco, no de forma elegante, ni tierna, como quien busca recibir consuelo, pero sin sentir vergüenza de cómo se

encuentra.

Lloré como quien se había aguantado un mundo.

Me dolía el cuerpo de tanta ausencia acumulada.

Fue una madrugada. No era un día triste ni especial, solo un día más.

Simplemente, el duelo me golpeó, haciéndome ver que, aunque intentaba ignorarlo, lo cargaba como Sísifo a su piedra: día tras día, sin descanso.

El llanto no me trajo un alivio inmediato, pero me dio un espacio. Un silencio nuevo.

Como si ese nudo, al soltarse, me dejara respirar distinto.

Ahí entendí que no todas las despedidas se lloran al instante.

Algunas se demoran en el pecho, con las lágrimas en plácido sueño, hasta que se despiertan y se animan a salir.

El último nudo no lo guardé, ni lo sentí.

Lo hice.

Fue una mañana en que, después de muchos meses, decidí ir al cementerio.

No llevaba flores ni palabras ensayadas, solo las manos temblorosas y el corazón más blando.

Antes de salir, me hice un nudo en el cabello.

No era perfecto ni prolijo. Estaba hecho torpemente, como yo, pero sostenía.

Hacer ese nudo no fue un accidente.

Era mi forma de decirle que, aunque su cuerpo no estaba, su presencia ya no dolía como antes.

Dolía distinto. Como duelen las cosas que hemos aprendido a aceptar.

Que la llevaba en mí, cada día, hasta en algo simple como atar mi cabello.

En ese silencio de viento y verde, no lloré.

Pero sentí algo parecido al alivio.

Me di cuenta de que el duelo no se supera, se aprende a convivir con él.

En el duelo no se gana ni se pierde.

Se desarma de a poco, como un lío de hilos que a veces se afloja

y otras veces se enreda más.

Pero lo cierto es que ya no me incomoda tropezar con esos nudos, porque descubrí que no eran obstáculos, sino pequeñas señales.

Señales de que existió amor. De que aún existe. De su forma de quedarse, incluso después de irse.

Un amor tejido en gestos, rutinas y silencios. Un amor que no se anuda para sujetar lo que fue, sino para sostener lo que sigue siendo.

Entendí que cada quien hace su propio nudo, con sus manos temblorosas, con su memoria, con lo que queda y con lo que falta.

Yo también hice el mío.

Pero esta vez, no para contener el dolor... sino para recordarme que incluso el dolor, cuando es por amor, merece ser abrazado.

Y que hay nudos que no atan: sostienen.

Sostienen lo invisible, lo que no tiene cuerpo, pero sí raíz. Y ese nudo mío, tan torpe como sincero, me ancla a un amor que —me gusta pensar— habita en un lugar entre lo eterno y lo ilusionista.



2

TRES PEDACITOS DE CIELO

Fiorella Luján Rivas Insaurrealde

A-ra-py.

Me llamo Arapy.

Así me llama mi abuela cuando nazco, con las manos llenas de tierra colorada y los ojos encendidos de orgullo.

“Arapy. Nde ha’e ore Arapy.”

Me lo susurra envuelto en guaraní, como una promesa.

Ahora, en el colegio, me dicen Ara. Porque es más fácil. Porque “suena lindo”. Porque la profe no puede pronunciar lo otro. Porque si digo “A-ra-py”, hay risitas. Porque si mi mamá lo dice, alguien frunce el ceño.

“¿Y ese nombre de dónde es?”

“¿Arapy... qué?”

“Ah, Ara. Qué bonito, más cortito.”

Mi hermanito, de cinco años, ya no entiende guaraní. Dice que su nombre suena feo en el recreo cuando sus compañeros le llaman así.

Cuando me lo dice, lo miro. Me duele algo que no sabía que tenía. No es enojo. Es como si a mi abuela se le apagarán los

ojos. Como si el cielo de nuestro nombre se partiera un poco más.

En casa, mamá todavía mezcla las lenguas, pero cada vez menos. “En la escuela me pidieron que le hable solo en castellano. Que le hace bien para integrarse.” Y ahí estamos, integrándonos. Acomodándonos. Como si ser paraguaya de por sí no alcanzara. Como si primero tuviera que dejar algo para que me dejen entrar.

La profe una vez nos habló de “inclusión indígena”. Dice que el gobierno está ayudando a las comunidades. Que ahora sí podemos estudiar, trabajar, vestarnos como todos. Me suena raro. Yo ya estudio. Ya trabajo con mamá, vendiendo plantas en el semáforo. Ya me visto. Lo que no hago, es esconderme.

Una vez, en el colectivo, una señora me mira y dice sonriendo: —Qué linda sos. Ni se te nota que sos india.

No sé qué responder.
Me bajo una parada antes.

Hoy me piden que complete un formulario. Nombre completo. Nacionalidad. Lugar de nacimiento. Idioma que hablo en casa. Parece un examen, pero no de los que se aprueban. De esos que te miden para ver si sos lo bastante “normal”.

Escribo: “Arapy”. Y abajo: “guaraní y castellano”.
Después tachó “guaraní”.
Después lo vuelvo a escribir.

No quiero que Arapy desaparezca. No quiero ser solo Ara. No quiero que mis hijos crean que su nombre suena feo. Ni que está mal hablar como habla la tierra. No quiero que para encajar tenga que romperme entera.

No quiero que la integración me cueste el alma.



Por eso esta tarde, cuando salgo de la escuela, entro a la biblioteca y busco un cuaderno viejo que tengo guardado. Escribo en guaraní. Palabras que creía olvidadas. Canciones que mamá cantaba y que yo callaba.

Mis dedos tiemblan, pero sigo. Porque sé que mi nombre, mi lengua, mi gente, no pueden caber en esos papeles de formularios. Pero sí pueden seguir viviendo en las voces, en los cuentos, en los juegos de otros niños que no se avergüencen de pronunciarme entera.

Porque si mi hermanito aprende de nuevo a nombrarse sin miedo, si yo no me callo, si otros me escuchan, tal vez Arapy no desaparezca.

Tal vez ese cielo vuelva a ser nuestro.

A-ra-py.

Tres pedacitos de cielo que no entran en ningún formulario.

3

LA CARTA QUE CRUZÓ EL OCÉANO

Sofía Aquino Lugo

Siempre supe que mi abuela tenía una historia escondida. Lo que no sabía era que tenía que ver con un alemán, con cartas y con una promesa que sobrevivió a la guerra.

Me contó que aquel hombre se llamaba Emil. Lo conoció en Francia cuando tenía veinte años y trabajaba como enfermera voluntaria. Él era un soldado alemán herido, y no hablaban el mismo idioma, pero igual se entendían: se escribían cosas en papeles, se hacían señas, se reían. Ella decía que había algo raro en todo eso... como si se conocieran de antes.

Cuando a él lo mandaron al frente, prometió escribirle. Y lo hizo. Las cartas llegaban desde Alemania hasta Paraguay. Mi abuela las leía en secreto, lloraba a veces, pero siempre respondía. Se escribieron durante meses... hasta que un día, nada. No llegó más nada. Silencio total.

Ella pensó que Emil había muerto. No había otra explicación. Guardó todas las cartas en una caja de zapatos, se casó con otro hombre y nunca más supo de él. Pero nunca lo olvidó. Eso lo noté yo, aunque nunca lo dijera en voz alta.

Pasaron más de 70 años, hasta que un periodista encontró una carta de Emil escondida en un vinilo viejo, en una tienda de antigüedades. Decía que todavía pensaba en Mariela, que

no sabía si estaba viva, pero que nunca la olvidó. Que todavía soñaba con verla.

El periodista lo buscó. Emil estaba vivo, tenía 90 años y vivía en Alemania. Cuando le preguntaron por mi abuela, se emocionó.

—Nunca volví a escribirle porque perdí su dirección —dijo.

También dijo que, cada vez que escuchaba cierto tipo de música, pensaba en ella.

Y así, después de todo ese tiempo, se reencontraron.

Lo recuerdo bien porque yo estaba ahí. Tenía catorce años cuando Emil vino a Paraguay. Se abrazaron como si el tiempo no importara. No dijeron mucho, pero no hacía falta. A veces, el silencio también dice cosas.

Vivieron juntos tres años. Se acompañaban, se reían, tomaban tereré. Él decía palabras en guaraní y ella lo corregía con paciencia. A veces volvían a escribirse pequeñas cartas, aunque vivieran en la misma casa. Eso me pareció lo más lindo: era como si quisieran mantener viva esa parte de ellos.

Cuando Emil murió, mi abuela no pudo contener el llanto.

Se quedó sola en su cuarto, con la carta que él le había escrito la primera vez.

La puso sobre su pecho, como si así pudiera tenerlo cerca un instante más.

Me pidió que la leyera en voz baja, con cuidado, casi como si temiera romper el silencio que había quedado.

Mientras las palabras salían de mi boca, la vi temblar, con las lágrimas recorriéndole el rostro.

Cerró los ojos y sonrió, como si volviera a ser esa joven que esperó tanto tiempo, que amó sin condiciones y que nunca dejó de creer.

Ahora la caja de cartas está conmigo.

Cada vez que la abro, siento ese amor latir fuerte entre las hojas amarillentas.

Es un amor que nunca murió, solo esperó.

Que cruzó fronteras, mares y años para llegar hasta aquí.

Un amor que duele, que sana y que enseña que lo que es verdadero no se olvida.

Que a veces solo tarda en volver.

Y que, a pesar de todo, siempre encuentra su camino.



4

EL SUSURRO

Fernando Gabriel Vera Ruíz Díaz

No sé exactamente cuándo empezó, pero hace unas semanas TODO empeoró.

Mike, un niño de 11 años con una vida tranquila y feliz. Vivía con sus padres en Luque un pequeño pueblo de Asunción. Tenía una sonrisa contagiosa, una mochila llena de historietas, y el corazón lleno de aventuras imaginarias. Cuando llegaron las vacaciones de verano, sus padres decidieron enviarlo unas semanas a la casa de su abuela Josefa, una mujer dulce pero misteriosa; vivía en Lambaré en una casa vieja pero acogedora cerca del Río Paraguay. A Mike le encantaba visitar a su abuela: horneaban galletas y jugaban a las cartas.

¡PERO ESTA VEZ ALGO CAMBIO!

Llego el día, sábado por la mañana Mike desayuna mientras sus padres charlan y empacan su ropa.

Su padre lleva las cosas al auto, mientras Mike se cepilla con su madre.

De camino a la casa de su abuela, Mike ve una extraña sombra detrás de unos árboles, pero este no le dio importancia; ya que pensaba que solo era una sombra normal de algún árbol.

Una vez en casa de su abuela desempacaron y ayudaron en la

preparación del almuerzo.

Unas horas después, Mike se despide de sus padres y entra a su habitación para guardar sus pertenencias.

Ya habían pasado unas horas, en lo que llaman a la puerta de la habitación de Mike, es Josefa con galletas recién horneadas y un vaso de leche, Mike muy contento la recibe en la puerta.

—Mike: Huelen geniales, gracias Abue... Me hace recordar a la última vez que vine de visita. Aún recuerdo la historia de terror que me contaste.

—Josefa: ¿Cuál de todas?

—Mike: Recuerdo que trataba de alguna entidad maligna que se disfrazaba de cualquier ser humano para comer a los niños. Tuve pesadillas con esa historia.

—Josefa: Pero recuerda que solo son historias, esas cosas no existen, mi niño.

—Mike: Tienes razón, Abue... De igual manera ya no creo en esas cosas.

—Josefa: Puede que tengas razón. De todos modos, termina tus galletas y acuéstate temprano. No me gustaría que nada malo te pase en la madrugada (dice Josefa irónicamente)

—Mike: (Él la miró temeroso, pero luego soltó una pequeña risa) Esta bien, Abue, gracias por las galletas.

—Josefa: Que las disfrutes, Cariño. (dijo antes de retirarse)

Esa noche, Mike no pudo conciliar el sueño rápidamente.

El reloj de su teléfono marcaba las 2:30am, Mike estaba en un sueño profundo cuando de repente escucho un susurro, era una voz rasposa y misteriosa que lo llamaba.

—Extraño: Mike...

Mike se levantó lentamente, y se dirigió a paso lento hasta la cocina esperando que lo que oyó solo fuera su imaginación, hasta que llegó a la cocina... Fue ahí donde vio a Josefa parada mirando por la ventana.

—Mike: ¿Abue, estas bien? ¿Qué haces despierta a estas horas? (preguntó Mike preocupado)

—Mike: ¿Abue?

—Josefa: Vuelve a dormir, Mike. Un niño no debería estar despierto a estas horas de la noche. (dijo ella sin voltear a ver a Mike)

Mike dudo nuevamente y respondió:

—Mike: Pero Abue...

—Josefa: Te he dicho que regreses a la cama. (dijo Josefa cortante)

Mike dudó, pero regresó a su habitación, cerrando la puerta para luego recostarse nuevamente, pero algo nervioso ya que de la cocina provenían fuertes ruidos de alguien o algo que corría de un lado para el otro.

A la mañana siguiente todo parecía normal, Mike no podía dejar de pensar en todo lo que escucho por la noche, hasta que la voz de Josefa lo sacó de sus pensamientos:

—Josefa: Buenos días, ¿Cómo dormiste, cariño?

Mike la miró un poco intranquilo, las palabras de aquella señora parecían sinceras, pero algo dentro de Mike le gritaba que esa persona no era su abuela, al menos no del todo.

—Mike: Buenos días, abue, Pues la verdad que no muy bien. (dijo Mike mientras pegaba un sorbo a su café)

—Josefa: ¿Eso por qué, mi niño?

—Mike: Bueno... Es que escuche mucho ruido anoche.

—Josefa: ¿Ruido? Yo no escuché nada.

—Mike: No es nada abuela, no te preocupes por eso.

—Josefa: De todas maneras, puedes terminar tú desayuno y luego volver a descansar. Aún es temprano, me gustaría ir de compras ya que me faltan algunas verduras para el almuerzo de hoy.

—Mike: ¿Quieres que te acompañe, Abue?

—Josefa: No te preocupes, cariño. Quédate a descansar, yo volveré pronto. (dijo Josefa tomando su bolso para encaminarse al supermercado)

Mike quedó dudoso, pero quería tiempo para despejar un poco su mente.

Cuando su abuela se fue, Mike tomó su teléfono para ver videos, y encuentra uno que le llama la atención. Trataba sobre un chico que explicaba sobre el uso de sal cuando hay presencias malignas en la casa, en el video explica que debes poner sal en la puerta, si esa cosa era un espíritu maligno no podrá pasar.

Mike decidido busca la sal y lo pone en la puerta principal. Unas horas después llega Josefa con las verduras y pasa si ningún problema sobre ella, lo que deja con la boca abierta a Mike.

Josefa le pregunta qué está esperando en la puerta y Mike le responde que solo la estaba esperando.

Las horas pasaron y Mike con su abuela disfrutaron del día, hasta que llegó la noche, Mike le dice a su abuela que ya estaba cansado y que quería dormir. A lo que su abuela le responde que puede ir a descansar, que ya era tarde para él.

Mike se dirige a su habitación y consigna el sueño rápidamente. Mientras Josefa se queda viendo la televisión.

Pasaron las horas hasta que marcó las 2:30 am, Mike escucha la voz llamándola nuevamente, pero esta vez no solo decía "Mike" esta vez también acompañaba un "como pudiste".

Mike asustado despertó y le pregunto:

—Mike: ¿Qué quieres, por qué no me dejas en paz!!? (grito asustado desde su habitación)

Seguidamente Mike asustado escucha a alguien o algo correr rápidamente hacia la puerta de su habitación, golpeando y pateándola.

—Mike: ¡¡DIOS MIOO!!, lo va tumbar. (dijo Mike asustado)

Por segundos los golpes cesaron, la casa estaba en completo silencio, hasta que pudo oír una voz familiar.

—Extraño: ¿M-Mike...? (habla Josefa con la voz templando del miedo)

—Extraño: ¡¡¡Mike, por favor ábreme la puerta!!! ¡¡Por favor apúrate, apúrate, ahí viene!! (comenzó a gritar Josefa golpeando la puerta con todas sus fuerzas)

Mike se había quedado paralizado frente a la puerta mientras escuchaba todo, quería abrir, pero algo dentro de él lo estaba conteniendo.

—Extraño: ¡¡Mike!! (grito por última vez antes de que la



situación se calmara) Mike estaba templando del miedo, pero no pudo soportarlo más, con lágrimas en los ojos y las manos templando se acercó lentamente hasta la puerta.

Al salir de su habitación no vio a nadie, miro por todos lados, pero no había nada. Hasta que miro hacia el techo, fue ahí donde lo vio, era una figura humanoide, con unos brazos extremadamente largos, pero con la cara de su abuela. Mike grito, pero ya era demasiado tarde, esa extraña figura se lanzó encima de él y le empezó a tragar lentamente, Mike desesperado, pero sin poder hacer nada, empezó a rezar, pero nada lo detuvo. Hasta que lo digirió completamente, sin dejar rastros de él...

Suena la alarma, todo fue un sueño, Mike se levanta asustado y le cuenta todo a su abuela, a lo que ella responde que no se preocupe, que todo fue una pesadilla. Le dice que debería de preparar sus cosas porque sus padres ya vinieron por él. Mike se prepara rápidamente y se dirige a la puerta, donde están sus padres esperándolo, Mike se despide de su abuela y se sube al vehículo mientras sus padres se despiden de Josefa. Una vez todos a bordo, el auto se aleja lentamente y Mike mira por la ventana por ultima vez. Ve a su abuela moviendo la mano hasta que de pronto se empiezan a estirar sus brazos.

5

LADRILLOS DE DIGNIDAD

Joel Duarte

Marck Dolmont tenía 12 años y vivía con su familia en un pequeño pueblo llamado Podolsk, a unos 40 kilómetros al sur de Moscú. Era un chico común: callado, curioso, con una sonrisa tímida y una gran imaginación. Todos los días cruzaba un lago bastante grande en un bote sin motor para llegar a la escuela. A veces hacía frío, otras llovía, pero él no faltaba. Ese esfuerzo fue reconocido por la dirección, y le permitieron entrar una hora más tarde para no penalizarlo más por los retrasos.

Marck se sintió especial. Por primera vez, alguien entendía por lo que pasaba. Pero en su emoción, cometió un error: comenzó a presumirlo frente a sus compañeros, como si tener ese horario especial lo hiciera mejor. Y fue ahí cuando todo empezó a torcerse.

Jackson McCall, el típico chico popular, engreído y con todo servido en bandeja, no tardó en fijarse en Marck. Al enterarse del nuevo horario, sintió celos. Pensaba que Marck solo quería dormir más y que todo era una excusa. No sabía nada del lago, del bote, del frío. Y tampoco le importó. Desde entonces, se

dedicó a hacerlo sufrir: lo dejaba encerrado en el baño, le robaba la merienda, lo empujaba en los pasillos... Hasta que un día, lo tiró por las escaleras. Aterrador, sí. Pero real.

Marck, desesperado, fue a contar lo que vivía. Habló con profesores, con directivos, con quien pudiera escuchar. Pero todos callaban. Jackson venía de una familia muy rica, y su padre prácticamente financiaba el colegio. Nadie quería problemas. Al sentirse solo y atrapado, algo cambió en él. Ya no tenía miedo, tenía rabia. Y esa rabia explotó el día que, en clase de Educación Física, Jackson le tiró una pelota con tanta fuerza que le dejó marcada la espalda.

Marck no lo pensó. Se lanzó sobre él y le dio un golpe en la cara. Un profesor intervino enseguida, pero el daño ya estaba hecho... para ambos. En la dirección, Marck volvió a contar todo. Su voz temblaba, los ojos se le llenaban de lágrimas. Pero la directora, con un tono seco y distante, simplemente le dijo: La violencia no es el camino. ¿Por qué no hablaste antes con tus docentes?

Él no supo qué responder. Ya lo había hecho. Solo bajó la cabeza mientras ella escribía a sus padres para informales que su hijo estaba expulsado.

Pasaron dos semanas difíciles. Ningún colegio quería aceptar a Marck por tener antecedentes de violencia. Hasta que uno, distinto a los demás, lo recibió sin preguntas. Un colegio que valoraba a las personas por lo que eran, no por lo que tenían. Ahí Marck floreció. Aprendió sobre empatía, justicia y sobre todo, perdón. Ese valor, el del perdón, fue el que más le marcó. Le permitió sanar heridas profundas y entender que seguir adelante no significa olvidar, sino aprender a vivir sin rencor.

Veinte años después, Marck ya era arquitecto. Tenía una vida tranquila, una oficina luminosa y muchos sueños cumplidos. Un día, mientras revisaba sus redes sociales, vio un video que lo detuvo en seco. Era Jackson. Ya no era el chico altivo que recordaba. Se lo veía roto, desesperado. Pedía ayuda para su



hija de cinco años, que necesitaba un trasplante de médula ósea urgente. Sufría de leucemia.

Marck se quedó en silencio. Supo que Jackson lo había perdido todo: su esposa lo dejó, la adicción al juego lo arruinó, y la fortuna familiar ya no existía. Solo quedaba él, su hija... y su súplica. Aunque todo su pasado gritaba “aléjate”, su corazón dijo lo contrario. Lo llamó.

Quedaron en verse en una cafetería sencilla, una tarde cualquiera. Marck llegó cinco minutos tarde. Al entrar, vio a Jackson. Se notaba cansado, más viejo, pero todavía reconocible. En cambio, Jackson no lo reconoció a él.

¿Te acordás de mí? —le preguntó Marck.

Jackson lo miró confundido.

—No, lo siento. Es la primera vez que te veo.

Marck sonrió con tristeza y dijo:

—Yo soy aquel chico que empujaste por las escaleras. El que dejabas encerrado. El que nadie escuchó.

Jackson bajó la mirada. Las lágrimas no tardaron en llegar.

—Perdón... No tengo palabras. Fui un monstruo. No sabía...

—Lo sé —interrumpió Marck suavemente—. Pero no vine por eso. Vine para ayudarte. Porque aún con todo lo que hiciste, yo sí aprendí a perdonar.

Marck se ofreció para hacerse las pruebas. Y contra todo pronóstico, era compatible.

La operación fue un éxito. La hija de Jackson se recuperó. Con el tiempo, Jackson y Marck volvieron a encontrarse, esta vez sin culpas ni cuentas pendientes. Ya no eran los mismos. No eran enemigos. Eran dos personas que, a su manera, aprendieron lo que realmente importa. Y mientras miraba a la niña jugar con una sonrisa enorme, Marck supo que todos los dolores que alguna vez vivió habían servido para construir algo mucho más grande que él mismo. Como los ladrillos de una casa firme, cada caída lo hizo más fuerte.

Y al final, entre tanto dolor, triunfó la dignidad.

6

SEMILLA DE FUTURO

Thiago Basili Riveros

Desde pequeño, Matías soñaba con algo más que la rutina de su ciudad, Carmen del Paraná. Mientras sus amigos jugaban a la pelota o salían en bicicleta, él prefería sentarse bajo la sombra del naranjo de su abuela para anotar ideas en un cuaderno viejo que tituló: “Proyectos del Futuro”.

En su ciudad, la mayoría se dedicaba a la tierra, como su padre y su abuelo. A los 17 años, mientras ayudaba en la cosecha, se dio cuenta de cuánto producto se desperdiciaba. Mangos maduros caían al suelo y se pudrían, y tomates en perfecto estado se desechaban por pequeñas imperfecciones. Fue en ese olor dulce de fruta olvidada donde nació su idea.

—¿Y si hago algo con esto? —pensó.

Con los pocos ahorros que tenía y algo de ayuda de su abuela, compró una licuadora usada y frascos reciclables. Comenzó a preparar mermeladas artesanales con las frutas “descartadas” del mercado local y les puso el nombre: “Fruto Justo”.

Vendía en la feria municipal de Carmen del Paraná los domingos, con una mesa sencilla, pero siempre limpia y ordenada. Al principio, solo vendía unas pocas unidades. Pero con el tiempo, gracias a su constancia, la calidad del producto y su simpatía, se volvió conocido. Los vecinos valoraban que alguien tan joven tuviera iniciativa.

Una decisión y el crecimiento

El verdadero desafío vino cuando cumplió 18 años. Matías tuvo que decidir entre irse a Encarnación a estudiar administración —como todos esperaban— o quedarse y apostar por su emprendimiento.

—Si me voy, ¿quién va a seguir con esto? —le dijo a su madre una noche—. Si me quedo, puedo hacer que crezca. Solo necesito aprender desde acá.

Así, comenzó a estudiar en línea por las noches y a trabajar de día. Invirtió en una batidora más grande, contrató a dos mujeres del barrio para que lo ayudaran, y empezó a desarrollar una marca más profesional, con etiquetas ecológicas y códigos QR que contaban la historia del producto.

El tropiezo y la perseverancia. Pero no todo fue fácil. Un mes, una fuerte tormenta





arrasó con los cultivos, y Matías se quedó sin materia prima. Además, un cliente mayorista de Coronel Bogado lo dejó sin un gran pedido cancelado.

—Esto se terminó —dijo desanimado—. Tal vez no era tan buena idea.

Pero su abuela lo miró y le dijo con firmeza:

—Las semillas no brotan el mismo día que se siembran, m'hijo. Esperá. Y seguí regando.

Inspirado por sus palabras, buscó alianzas con otros pequeños productores de pueblos vecinos. En vez de depender de una sola zona, diversificó sus proveedores. También creó una página web y empezó a vender por redes sociales, con entregas una vez a la semana en la ciudad.

A los 20 años, “Fruto Justo” ya estaba en varias tiendas de la capital, y Matías fue invitado a contar su historia en una charla para jóvenes emprendedores.

El final de la historia

Subió al escenario con nervios, pero con el corazón lleno.

—No vengo a dar fórmulas mágicas —dijo—. Solo a contarles que un sueño, cuando se trabaja con constancia, humildad y amor, puede florecer. A veces no hace falta irse lejos para cambiar el mundo. A veces el cambio empieza en tu propio patio... con frutas caídas y una idea firme.

La ovación fue sincera. Y en la primera fila, su abuela lloraba en silencio, con una sonrisa llena de orgullo.

7

LA MEMORIA DEL SABOR

Camila Licet Silva Paredes

No sé por qué, pero el invierno siempre me hace mirar hacia atrás. Tal vez es la forma en que los árboles se quedan callados, o ese silencio particular que traen las mañanas frías, como si el mundo se hubiera olvidado de gritar. A veces, cuando me despierto antes de que amanezca, escucho el viento arañando los techos, las ventanas empañadas, el crujido de la madera vieja... y me acuerdo de cosas que no sabía que seguían guardadas.

Anoche soñé con una manta tejida. Era de lana gruesa color tierra, con bordes deshilachados y olor a naftalina. Soñé que la doblabas con cuidado, como si contuviera todos los inviernos pasados. No me dijiste nada, pero me miraste con esos ojos tuyos, que decían más que mil palabras. Me desperté con una angustia suave, como si hubiese dejado algo pendiente. Y esta mañana, sin pensarlo mucho, agarré la campera más gruesa y unos zapatos viejos. No dije adónde iba. Solo supe que tenía que volver. Volver, no solo al lugar, sino a algo más profundo. Algo que no se puede señalar con el dedo, pero que late cuando una camina por ciertos caminos con el corazón un poco abierto.

Caminaba despacio, como si cada paso pesara más que el anterior. La tierra se volvía barro bajo mis zapatillas mojadas, y yo ni me fijaba. El pantalón ya manchado, el frío golpeando la cara... pero todo eso poco me importaba. Vos sabés, abuela, que este viaje no era por comodidad. Era por algo mucho más grande. Era por vos.

Hace años que no venía por este barrio, por esta casa. Y sin embargo, apenas la vi al fondo del camino, el pecho se me apretó como si me abrazara alguien desde adentro. Era como volver a una película vieja que miré mil veces, pero que igual me hacía llorar en las mismas partes.

El viento soplaba fuerte. Y no sé si era el frío o si eran tus recuerdos que me rozaban la piel.

Abuela... me acuerdo de tus manos. De cómo sostenías tu taza de cocido caliente como si fuera un tesoro. Me acuerdo de tu voz, bajita, pero firme, diciéndome:

—Camila, no te apurés... el frío se lleva con calma, como la vida. Y ahí estábamos. Las dos. Sentadas alrededor del brasero, con las piernas tapadas por una manta tejida que vos habías hecho a crochet. Las chipas crujían al partirlas, recién salidas del horno de barro. Y vos siempre me dabas la más doradita, la que tenía más queso. Ese olor... ese olor me sigue buscando cada invierno. Me toca la nariz y me arrastra hasta acá, hasta donde vos todavía existís.

Hoy volví. Y la casa me recibió como quien se quedó esperando toda la vida. Está descuidada, sí. Un poco apagada. Pero todavía respira, ¿sabés? Todavía guarda tu eco entre las paredes. Empujé la puerta con la llave vieja, esa oxidada que guardé en mi monedero por años. Y apenas entré, sentí que estabas ahí. No como un fantasma, no. Como una presencia suave, tibia... como tu rebozo de lana.

—Hola, abuela —dije, en voz bajita, como si me oyeras—. Volví. Recorrí cada rincón. El reloj torcido seguía en la pared, detenido a la misma hora desde que te fuiste. El sillón color caoba tan

cómodo, ese que usabas para descansar la espalda... seguía ahí, con tu forma. Me dio una punzada en el alma. Las paredes murmuraban sus recuerdos. Incluso el piso de cemento parecía haber guardado cada paso tuyo, cada apuro, cada pausa. Caminé descalza por el pasillo, como cuando era chica. El frío del suelo me hizo estremecer, pero también me hizo acordar a aquellas mañanas de invierno en las que te escapabas a la cocina sin despertarme y después volvías con una taza tibia de cocido con leche. Me detuve en tu habitación, todavía colgaban tus rosarios del cabecero de la cama, y un pequeño pañuelo bordado por vos estaba doblado con cuidado sobre la cómoda. Me senté el borde de la cama, y por un momento, creí que ibas a entrar a retarme por no usar mis zapatos. Me levanté despacio, como si el dejar ese cuarto fuera volver a perderte un poquito.

Caminé hacia la cocina guiada por el recuerdo tibio de tus pasos. Era como si el aroma del cocido me llamara desde antes de encender el fuego. Y ahí, en la cocina, vi tu tetera de aluminio. Un poco opaca, un poco triste. La agarré, la lavé, la puse en el fuego. Le tiré unas hojas de yerba, azúcar quemada, leche. Y cuando el aroma llenó la casa, cuando el vapor se escapó como una plegaria, lloré. Lloré como aquella vez que no entendía por qué no ibas a volver.

Abuela... hay cosas que no se dicen, pero se sienten. Y te juro que en ese momento, mientras el cocido hervía, yo sentí que no estaba sola. Recuerdo algo que me enseñaste, es que la comida guarda memoria. Y cada sorbo o bocado puede ser un recuerdo que no se quiere perder. Me acurruqué en el suelo de la cocina, entre migas de memoria, envuelta en una manta, con la radio prendida bajito, como antes. Cerré los ojos.

Y ahí te vi: revolviendo la olla, tarareando una canción en guaraní, con tu cabello largo recogido en un rodete, tus pies envueltos en medias tejidas, y tu mirada... tu mirada cálida que nunca me juzgó.



—Gracias por todo, abuela —te susurré—.

Por enseñarme a escuchar el silencio, por mostrarme que el frío no siempre es soledad, y por hacer de esta casa, un refugio.

Me quedé un rato más, viendo cómo el vapor del cocido se enredaba en el aire, como si bailara con tu espíritu. No sé cuándo volveré. Pero ahora sé que esta casa me guarda. Y que, en cada invierno, cuando huele a chipa caliente o a cocido con leche, no va a ser sólo comida. Vas a ser vos, volviendo a abrazarme.



EL ESCUDO Y LA FLOR

Giovanna Nicole Rapetti Jara

Había una vez un chico llamado Darian que vivía en un pueblo donde el tiempo parecía no correr. No había semáforos, ni supermercados grandes, ni autos haciendo fila. Solo calles de tierra, casas con techos de chapa y vecinos que se conocían desde siempre. En ese lugar, los días se repetían como un disco rayado.

Darian tenía quince años y vivía con su abuelo, Don Hilario, un herrero de manos fuertes y mirada cansada. Desde que sus padres murieron cuando él era muy chico, su vida se había vuelto simple y callada. Cada mañana, al amanecer, el abuelo golpeaba la puerta de su cuarto con dos golpecitos secos.

—Arriba, que el hierro no espera —decía con su voz ronca.

Darian se vestía rápido, desayunaba pan con manteca y un café y luego bajaba al taller. Allí, entre martillos, yunques y chispas, pasaban las primeras largas horas del día. El abuelo le enseñaba a moldear el metal, a reconocer su temperatura por el color y a usar la fuerza sin perder la precisión. Darian no hablaba mucho, pero observaba todo. A veces se imaginaba que era un caballero de la época medieval, fabricando su propia armadura para proteger a un reino escondido entre los árboles de un bosque.

Cuando el sol ya estaba alto y el trabajo era escaso, Darian solía escaparse al campo. Llevaba una cantimplora con agua y una navaja vieja que le había regalado su abuelo. Caminaba entre pastizales altos, saltaba los alambrados oxidados y subía a una colina donde el viento siempre soplaba distinto. Desde ahí podía ver todo el valle, los techos del pueblo, el río en la distancia y, sobre todo, el cielo.

Le gustaba mirar el atardecer solo. No porque no quisiera compañía, sino porque nunca había encontrado a alguien con quien compartir ese momento. El mundo, para él, era algo que se observaba en silencio, sin palabras.

Pero un día, todo cambió.

Era una hermosa tarde de primavera. El pasto estaba lleno de flores amarillas, blancas y algunas violetas que parecían pintadas. Mientras caminaba rumbo a la colina, Darian vio algo que le hizo fruncir el ceño: una silueta sentada entre las flores, con un cuaderno en la mano.

Era una chica.

Estaba concentrada, dibujando. Su cabello era castaño claro y tenía una trenza larga que le caía por la espalda. Llevaba una mochila pequeña y estaba descalza. Darian dudó si acercarse o no. No quería molestar, pero la curiosidad le ganó.

—Hola —dijo, con la voz un poco temblorosa.

Ella levantó la vista, lo miró un segundo y respondió:

—Hola —como si ya supiera que él iba a aparecer.

Darian no supo qué decir después. Se quedó parado, mirando el cuaderno. Ella volvió a mirar sus dibujos. Había flores, muchas flores, cada una con detalles distintos: pétalos abiertos, cerrados, con sombras, con líneas finas, y muchos colores. Eran hermosas. —¿Te gusta dibujar? —preguntó él, después de un rato. —Sí, ¿acaso no es obvio? —respondió ella, sin levantar la vista—. Me gusta dibujar flores, me recuerdan a mi madre.

Darian se sentó a unos metros, manteniendo su distancia sin saber bien por qué. Nunca hablaba con extraños. Nunca se sentaba al lado de alguien. Pero había algo en ella que no era extraño, como si ya la conociera de antes.

Se quedaron un rato en silencio. El viento movía las flores y el cielo empezaba a teñirse de naranja.

—Me llamo Darian —dijo él.

—Olivia —respondió ella—. Mucho gusto.

Y así empezó todo.

Desde ese día, sin planearlo, comenzaron a encontrarse ahí. A veces hablaban, a veces solo dibujaban o miraban el cielo. Olivia llevaba siempre su cuaderno, lleno de flores y frases escritas con letra pequeña. Darian le hablaba del taller, de su abuelo, del hierro caliente y del olor a humo. Ella le contaba sobre su mamá, que había muerto hacía dos años, y de cómo el dibujo era su forma de recordarla.

—Las flores también mueren, ¿sabes? —le dijo una tarde—. Pero antes de hacerlo, son hermosas. Es como si supieran que tienen poco tiempo.

Darian la miró en silencio. Pensó que él también había perdido algo cuando era chico, pero nunca lo había dicho en voz alta.

El verano trajo calor y más encuentros. Darian empezó a esperar esas tardes como quien espera una carta. A veces llegaba antes que Olivia y se tiraba en el pasto, imaginando qué flor dibujaría ese día. En otras, ella ya estaba ahí, con un girasol en la mano o una margarita detrás de la oreja.

—¿Nunca te aburrís de dibujar flores? —le preguntó una vez.

—Nunca son iguales —respondió—. Como la gente.

Y Darian pensó que, aunque todas las tardes parecían iguales, ya no lo eran. Desde que Olivia estaba, el campo tenía otro color, otro sonido. Incluso el viento parecía soplar distinto.

Un día, ella le mostró uno de sus dibujos. Era una flor inventada, mitad amapola, mitad diente de león, con espinas en los bordes y un corazón dorado.

—¿Existe? —preguntó Darian.

—No. La inventé. Es como mi mamá y como yo. Frágil, pero con espinas. Bonita, pero no perfecta.

Darian la miró sin decir nada. Sintió que tenía algo en el pecho que no sabía cómo explicar. No era tristeza, ni alegría, sino otra cosa. Algo nuevo.

Una tarde, mientras trabajaban en el taller, Darian tuvo una idea. Se la guardó como un secreto, pero lo hizo sonreír por dentro. Durante días, usó ratos libres para trabajar en silencio, martillando con cuidado, limando los bordes, dándole forma. Su abuelo lo observaba con una ceja levantada.

—¿Qué estás haciendo, muchacho?

—Nada, algo para mí —dijo él, sin levantar la vista.

Cuando terminó, lo guardó en una caja de madera y la cerró con un nudo de cuerda. Al día siguiente, caminó al campo con el corazón latiendo rápido. Olivia ya lo esperaba, con un cuaderno nuevo y un ramo de flores en la mano.

—¿Y eso? —preguntó Darian.

—Son para ti. Las recogí esta mañana.

Él no supo qué decir. Le temblaban un poco las manos. Le dio la caja.

—Esto es para ti.

Olivia la abrió. Dentro había un pequeño escudo de metal, como los de los caballeros, pero del tamaño de una mano. En el centro, grabada con paciencia, había una flor: la misma que ella había inventado.

—¿Lo hiciste tú?

Darian asintió.

—Es algo más duradero que una flor, y te cuidará cuando yo no esté.

Olivia se quedó en silencio. Luego lo abrazó, fuerte.

—Gracias, realmente significa mucho.

Darian sintió que el mundo se detenía. Ya no eran solo un chico y una chica en un campo. Eran algo más.



El otoño llegó con hojas secas y días más cortos. Olivia empezó a faltar algunos días. Dijo que tenía que viajar a la ciudad con su papá por temas médicos. Darian no preguntó mucho, pero se preocupó.

—¿Estás bien?

—Sí, solo son chequeos —decía ella, sonriendo, pero sus ojos estaban más tristes.

Las últimas veces que se vieron, Olivia llevaba gorros grandes y dibujaba menos. A veces solo se recostaba en el pasto y miraba el cielo. Darian se quedaba a su lado, en silencio.

Un día, Olivia no apareció. Ni al siguiente. Ni al otro.

Darian fue a la colina igual. Llevaba el escudo que ella le había devuelto la última vez, diciendo:

—Quiero que ahora tú lo tengas. Ya me protegió suficiente.

Pasaron semanas. En el pueblo, se decía que la familia de Olivia se había ido. Algunos decían que se había enfermado. Otros que se había mudado. Nadie sabía con certeza.

Darian no volvió a ver flores de la misma forma.

Pasaron dos años. Darian ya no era un niño. Seguía ayudando a su abuelo, pero ahora también hacía sus propios encargos. El escudo con la flor lo guardaba colgado en su cuarto, cerca de la ventana.

A veces, al anochecer, caminaba hasta la colina. No porque esperara verla, sino porque era el único lugar donde su recuerdo no dolía tanto.

Una tarde de verano, mientras el viento soplaba con fuerza, escuchó una voz detrás.

—¿Te recuerdas de mí?

Era ella.

Más delgada, con el cabello corto, pero los mismos ojos. El corazón de Darian dio un salto.

—Olivia...

Ella sonrió. Tenía el mismo cuaderno en la mano.

—Volví. No por mucho tiempo. Pero quería verte.
Se sentaron, como antes. Hablaron del tiempo que pasó, de los tratamientos, de las ciudades grandes, de la vida.
—¿Y las flores? —preguntó él.
—Sigo dibujándolas. Pero ahora también dibujo escudos.
—Yo sigo haciendo flores de metal.

Ya no eran los mismos, pero algo no había cambiado: el espacio entre ellos seguía lleno de algo invisible, suave y fuerte a la vez. Antes de despedirse, Olivia le dio una hoja del cuaderno. Era un nuevo dibujo: una flor escudo. El tallo era una lanza, los pétalos parecían de acero y el centro era un corazón latiendo.
—Para que no te olvides de mí —dijo ella.
Darian la guardó en su bolsillo.
—Nunca lo haría.

Muchos años después, Darian siguió siendo herrero. El taller tenía nuevas herramientas, pero aún olía a humo y hierro caliente. En la pared, colgado, estaba el escudo con la flor. Y en un marco simple, el dibujo de Olivia.

A veces, chicos del pueblo venían a aprender el oficio. Uno de ellos, curioso, le preguntó:
—¿Por qué esa flor tiene forma de escudo?
Darian sonrió y le dijo:
—Porque hay amores que te protegen para toda la vida, aunque ya no estén.

Y mientras el sol caía, el taller se llenaba de luz naranja, como aquella tarde en que todo comenzó.

9

A CENTÍMETROS DEL MUNDO

Veronica Belen Figueredo Cabral

En este anochecer, las lágrimas del cielo hacen compañía a mi alma mientras atravieso la ciudad de hierro, que no concede ni un minuto de silencio. La lluvia acaricia dulcemente mi rostro sin dejar huellas. El camino parece eterno... ¿o será solo mi mente la que se suelta, aprovechando este momento que la incita a bailar?

Las voces de la ciudad se escuchan lejanas. Veo siluetas, pero no logro distinguir los rostros. Camino entre ellas, pero nadie parece inmutarse ante este loco bajo la lluvia. Las calles, aún iluminadas por una luz cálida y aromas que abrazan, desbordan una cruel soledad.

Paso frente a un local de espejos. No puedo evitar mirar mi reflejo. Reconozco la campera azul que llevo, pero no a la persona que veo. La imagen no me devuelve la mirada. No sé si la uso por el frío o porque aún me hace sentir que la tengo cerca. Ella la eligió para mí, aunque en realidad era su color. Está algo gastada y todavía se percibe aquel perfume imposible de olvidar.

Recuerdo su sonrisa, tan única, brillando para mí cuando me la dio. No sé cuándo fue que mi corazón empezó a latir con su nombre, pero maldigo el día en que dejé de ser mío, quedando completamente desprotegido para quien hoy solo conozco por su nombre.

Aprieto la campera contra mi pecho, deseando deshacer este sentimiento que acorrala mis sentidos. Los lugares que solíamos frecuentar me persiguen, destrozando un poco más los pedazos de mí que intento contener.

Sigo caminando, y ya ni los charcos de lluvia juegan conmigo.

Paso frente a un pequeño local que huele a café recién molido y pan horneado. El aroma se cuela en mí como una caricia. Me acerco unos pasos, sin nada que perder, arrastrado por la curiosidad. A través del vidrio, la escena es tan acogedora, tan íntima: parejas riendo, una mujer con un libro...

Y entonces la veo. Entre tanta niebla, solo su rostro se dibuja aún para mí. Sentada en la mesa.

Mi pequeño lirio.

Tan delicada, con las mejillas levemente enrojecidas por el calor de la taza entre sus manos. Lleva una campera idéntica a la mía. Mi pecho se comprime.

No entiendo por qué la lluvia que roza mi mejilla se siente algo salada y cálida...

La observo sonreír. No a mí.

Quiero entrar, hacer cualquier cosa... pero mis manos no abren la puerta. Mis labios quieren llamarla, pero es como si mi voz hubiese quedado atrapada en otra parte del tiempo.

Estoy ahí, a centímetros de lo que fue mi mundo... y no puedo cruzar.



La miro, y me atraviesa un pensamiento cruel: como si mi ausencia no fuera una presencia desgarradora. No puedo evitar ser egoísta: quiero que su sonrisa siga llevando mi nombre.

Mi mirada se clava en ella, en sus ojos avellana, capaces de hacer y deshacer de uno. Alguna vez fueron mi refugio. Su piel, bañada por la luz tibia del local, deja ver sus pequeños lunares repartidos como constelaciones en una noche serena. Uno, apenas visible, duerme cerca de sus labios. Siempre fue mi fragilidad, junto a sus rizos salvajes.

Ahora sonrío con una melancolía suave, como si aún guardara un rincón moribundo para lo que fuimos.

La veo acariciar su campera.

Mi campera.

No una igual. No una copia.

Tiene el hilo suelto en la manga derecha. El que siempre decía que iba a arreglar.

No fue casualidad que la campera azul que llevo se sintiera ajena. Que el perfume se sintiera tan lejano...

Algo en mí... se rompe.

Porque la que ella guarda es la mía.

Y la que yo llevo... es solo un eco.

Deseo tanto recostarme en su pecho y escuchar sus latidos una vez más...

Mi tortuguita jamás podrá llegar a la luna.

Estar a centímetros de mi mundo parece ser la última misericordia que este desvanecimiento me concede antes de ir a la estación.

10

LA RATA Y LA ESTRELLA

Dulce Samira Bernal Velázquez

Érase una vez, como buena cuentista que soy, algo que fue cierto... o pudo haber sucedido alguna vez.

Hace mucho, mucho tiempo, en una aldea de ratoncitos, vivía una rata aislada de las demás. Era diferente al resto, y encajar no era algo que se propusiera. Pasaba desapercibida. Se encargaba de su pequeño prado y de buscar comida para sí misma. Nada más.

Cansada de la rutina que la atrapaba día tras día, una noche subió a una colina para descansar. Con el corazón pesado y los ojos fijos en el cielo estrellado, hizo un deseo a una nueva estrella que había aparecido, una que brillaba distinto a las demás:

—Deseo compañía, alguien con quien pueda hablar, alguien que me dé esa cercanía... Ojalá tú también pudieras hablar, para no seguir mendigando simpatía.

Y para sorpresa de la ratita, la estrella respondió:

—¿Crees que no puedo hablar? —dijo, algo ofendida.

La ratita dio un brinco del susto.

—¿Tú también hablas?!

—¿Te parece que no puedo hacerlo? —respondió la estrella con tono sarcástico.

Ambas se rieron. Desde ese momento nació un hermoso lazo entre ellas. Pasaban horas conversando, conociéndose y compartiendo sus vidas.

—¿Qué hacías tan sola esa noche, ratita mía? —preguntó una vez la estrella.

—No soy muy apreciada en mi aldea, y como no soy destacable, deseé tener compañía... Y vos apareciste oportunamente, mi estrellita.

—Te entiendo, ¿sabes? Soy una estrella sin lugar. No brillo como las demás, y eso me hace sentir mal.

—¡Pero sí creo que tienes un brillo sensacional!

—Y tú eres la ratita más bonita que he visto.

Se volvieron inseparables. La rata comenzó a sonreír más, a ser más sociable. Cuidaba su prado cada mañana para mostrarle los avances a su estrella. Y la estrella, por su parte, brillaba cada vez más con su luz única y especial. Por el amor que sentía por la ratita, siempre era la primera en aparecer en el cielo y la última en irse, solo para verla dormir y despertar.

—Algún día voy a abrazarte —dijo la rata.

—Ese “algún día” está más cerca de lo que crees —respondió la estrella.

Pero un día, la ratita no pudo levantarse. Un virus se había apoderado de ella, y no tenía fuerzas ni para tomar el sol.

Viejas voces resonaban en su cabeza:

“Soy fea, con pelos encrespados, nariz achatada, piel del color de la tierra, dientes grandes... No soy suficiente”.

Afectada por estos pensamientos, cada noche hablaba menos con su estrella. La estrella, preocupada, insistía en preguntarle cómo se sentía, pero la ratita solo decía: “Estoy bien”, evitando el tema.

Hasta que una noche, sin explicación, le dijo a la estrella que dejarían de hablar. Pensaba que su amiga era demasiado especial para ella, una simple ratita fea. Y así, dejaron de verse. El invierno llegó. Fue largo y duro. El prado se secó, y la ratita extrañaba muchísimo a su brillito especial.

Una noche, se anunció una lluvia de meteoritos. La ratita no le dio mucha importancia... hasta que recordó las palabras de su estrellita:

—“Si alguna vez caigo del cielo, moriré y no podré verte nunca más...”

Lloró. Corrió hacia la colina con el corazón en la garganta. Al mirar al cielo, su estrella ya no estaba. En su lugar, caían piedras de fuego brillante.

Lloró desconsoladamente por no haberse despedido, por no haberle dicho un último “Te quiero”.

¡Fuuush!

Una ráfaga de viento la despeinó. Una luz brillante pasó a su lado. No era una vela ni una luciérnaga. ¡Era su estrellita!

—¿¡Estrellita!? ¿¡Eres tú!? —gritó con lágrimas en los ojos.

—¡Ratita! ¡Te he extrañado tanto!

Y entonces, esa luz se transformó en un cálido abrazo. Uno que no querían soltar.

—Perdóname, estrellita... —comenzó a decir la ratita, pero fue interrumpida.

—Nunca me fui. Siempre estuve aquí contigo. Y no desaproveché la oportunidad de estar a tu lado.

Lo que la ratita no sabía era que las estrellas pueden pedir un deseo, solo si alguien les ha pedido uno primero. Su estrellita no dudó en usar ese único deseo para reencontrarse con ella. Y por primera vez... abrazarla.



—Siempre te observaba desde lejos. Esperaba que volvieras a hablarme. Te extrañé demasiado, ratita. No quiero que te disculpes por el pasado. Desde ese primer día en que me hablaste, te quiero... más de lo que todas las estrellas pueden contar.

La ratita y la estrella se abrazaron, de esos abrazos que son eternos. Desde entonces, fueron inseparables.

Ahora podían estar juntas bajo las mismas estrellas, con la certeza de que nada las separaría. Estarían la una para la otra... siempre.

Este cuento ha terminado, entró por un caminito plateado y salió por otro dorado.

Y vivieron felices por el resto de sus vidas... y comieron perdices. A mí no me dieron porque no quisieron.

Fin.

11

LA PACIENTE 000

Axel Roland Schulz Villalba

Aquel expediente estaba mal archivado.

Fue lo primero que pensó Quinn cuando sobre sus manos se posó aquella delgada carpeta. Ni un sello, doctor asignado o fecha de regreso, solamente un número en la portada: “Paciente 000”. Lo descartó como un error pero, cuando lo abrió, su piel se tornó más pálida que la cera. El silencio de la sala se volvió insoportable entonces.

En esa carpeta había solo una hoja, en la que se relataba lo imposible. En los años treinta se había tratado a una paciente que aparentaba unos 25 años. Había sido internada en contra de su voluntad, tras haber sido hallada inconsciente. Esta misma, al despertar, se negaba a un análisis, pero ya era tarde. Para entonces, los doctores ya habían investigado acerca de su organismo, el cual presentaba una mutación nunca antes vista, y por sus venas corría líquido de un tono dorado cual rayo de sol veraniego.

Sin pensarlo más, Quinn se marchó del lugar, subiendo por la escalera sigilosamente. El chirrido de la puerta sonó entonces, indicando que aquella arcaica sala volvía a estar vacía. Mas no igual que antes, ya que la anticuada carpeta se le había caído de las manos hacia el suelo, sin la hoja que antes contenía.

Aquel archivo no contenía imágenes, mas el mero relato le bastó para helarle la sangre. Durante el resto de su jornada, en su mente solo había un pensamiento: aquella paciente. Finalizar su turno la inundó de alivio; tan veloz fue en su carro marchándose del hospital que, antes de que pudiera darse cuenta, ya se encontraba en su hogar.

—¿Qué tal te fue hoy, cielo? —le cuestionó su madre al verla llegar a casa.

En la faz de Quinn pronto se esbozó una suave sonrisa. El rostro de su madre era igual al suyo, excepto por el bello lunar en el mentón de Quinn.

—Fantástico —logró responder.

Tras cenar, Quinn se encaminó al baño, en el cual se desvistió ágilmente. Suspiró de alivio cuando el agua le azotó. Necesitaba limpiarse. Aún sentía el polvo de esa habitación sobre su piel. Aun así, no había nada que limpiase su mente, excepto dormir. Así pues, la joven pronto se encontraba en su habitación tras salir del baño. Nunca fue tan difícil dormir como aquella noche. Al contrario de lo que pensaba, su temor por aquella criatura empeoró cuando se encontró incluso en sus pesadillas a aquel archivo.

Al día siguiente, se despertó con un grito ahogado. Entonces, se levantó con prisa e inició su investigación acerca de aquella criatura que la atemorizaba tanto. Pese a sus intentos, no podía encontrar ni siquiera un solo registro de la “Paciente 000”. Tras una hora, decidió ir escaleras abajo, necesitaba aclarar su atormentada cabeza. Pronto, la recibió su madre con sus calurosas palabras de siempre.

—¡Buen día! ¿Qué tal dormiste anoche? —le espetó aquella mujer—. El desayuno está servido.

—Dormí como un tronco, lo necesitaba tras estar en vela por mis horas de guardia en el hospital —mintió Quinn.

Aquellas palabras se sintieron como azufre al escaparse de sus labios. Detestaba mentir a su madre, pero era la única opción que le quedaba si no quería ser trasladada a un hospital psiquiátrico con urgencia.

La comida no le sirvió de distracción alguna frente a aquel pensamiento; aquella criatura seguía en lo más profundo de su mente, escalando como una migraña.

Terminó el desayuno rigurosamente. Mientras tanto, su madre se enfrascaba en conversaciones cotidianas por el teléfono. Mientras charlaba, Quinn no podía evitar fijarse en el rostro de su madre, lleno de jovialidad. Ni un solo surco, a diferencia de sus amigas, las cuales se atiborraban de cremas rejuvenecedoras en vano.

Al terminar su comida, Quinn se levantó de su silla y se asomó a la ventana. Miró el panorama, intentando despejar su maraña de pensamientos. Tras unos minutos de reflexión, llegó a una decisión: enfrentar aquel miedo. Entonces, giró en dirección contraria y se dirigió hacia la puerta principal.

—Iré a atender un par de recados en el hospital —balbuceó Quinn.

Creyó oír un “Está bien” de respuesta con la risueña voz de su madre. Su mente estaba enfocada en un solo asunto, y esto mismo significaba que le restaba importancia a cualquier otro suceso.

Antes de asimilarlo completamente, Quinn estaba de nuevo en el hospital, frente a aquella polvorosa puerta que había cruzado ayer. Sin embargo, esta vez, cuando intentó abrirla, no cedía. Pronto, fue interrumpida cuando un paciente fue llevado en una camilla con urgencia a través de un pasillo cercano. Entonces, Quinn abandonó toda esperanza y decidió marcharse a realizar su labor. El día transcurrió como de costumbre: pacientes

ingresan, otros se marchan; sin embargo, lo que no se marchaba era aquella criatura de la mente de Quinn.

Al volver a casa, no podía evitar sentir la cabeza hecha un enredo. Sin embargo, la dulce bienvenida de su madre inspiró un indicio de alegría en ella. Con el estómago vacío y lleno de desesperanza, se marchó con dirección a su alcoba para realizar una actividad que siempre la animaba: revivir su infancia.

Con la poca fuerza que le quedaba, logró retirar la caja que contenía sus fotos de la infancia, la cual estaba debajo de su cama. Pronto, su aflicción desapareció, dejando en su lugar puro júbilo. Durante su infancia, transmitía alegría por doquier, a diferencia de ahora. Además, notaba que su peculiar lunar en el mentón no se encontraba allí. Sin embargo, esto no interrumpió la nostalgia.

Entonces, súbitamente, del álbum más deteriorado se desplomó una fotografía que, si bien creía jamás haber visto, despertó en ella una familiaridad, como si sus ojos ya la hubieran visto antes. Tan pronto la levantó del piso, frunció el ceño y sintió cómo la confusión le llenaba el cuerpo. Allí, se retrataba una mujer, de impoluta belleza, con la fecha: 16 de junio de 1931. En cuestión de segundos, aquella fotografía cayó al suelo. La muchacha retratada en la fotografía era ni más ni menos que su madre.

De sus ojos pronto brotaron lágrimas descontroladas. Aquella espantosa bestia era su progenitora. Entonces, la puerta de su dormitorio fue abierta por su madre, la cual portaba su típica sonrisa hasta que notó aquella imagen en el suelo y el desconcierto de su hija. Pronto, la madre se abalanzó hacia ella, mas esta huyó y se precipitó a la puerta velozmente. Tras ella, logró escuchar a su madre vociferando estridentemente:

—¡No, puedo explicarlo! —salió de la boca de lo que creía que era su madre. Ya no sabía si llamarla así.

Sumida en sus pensamientos, Quinn no pudo fijarse en los escalones por los que descendía y, debido a esto, pronto aterrizó



contra el suelo de la planta baja, golpeando su rostro contra el piso de roble.

A continuación, pudo divisar por la escalinata a la que consideraba hace unos momentos su madre descender. Desesperanzada, Quinn se recostó de lado en busca de un último suspiro apacible; sin embargo, lo único que esto le trajo fue perplejidad. En lugar de la sangre que Quinn sentía derramar de su cuerpo, ella percibió un fluido dorado, cual rayo de sol veraniego, brotando de su aturdida cabeza.

—Prometí que esta vez duraría más. Y casi lo lograste —espetó la supuesta madre de Quinn, mientras inyectaba un líquido en las venas de esta, que la sumió en oscuridad.

Quinn creía haber contemplado aquel antiguo retrato a detalle, pero había ignorado lo más evidente:

El mismo lunar en el mentón.

El mismo rostro.

La Paciente 000.

12

RUIDO BLANCO

Adriana Noemí Insfran Fariña

Su mano izquierda lo sostenía sobre la taza del inodoro; los dedos de su mano derecha entraban hasta la garganta, provocando arcadas. Sus ojos ardían y no podía parar de toser. Ya no podía sacar nada, solo una tos seca que le dolía. Se quedó arrodillado frente a la taza, respirando agitado, con los ojos perdidos.

Félix se levantó con lentitud, temblando. Fue al lavamanos y dirigió su atención al espejo que colgaba frente a él. Observó su rostro con lentitud: sus ojos rojos, brillosos; el cabello oscuro se le pegaba al rostro, empapado de sudor; sus mejillas enrojecidas y sus labios ligeramente separados, dejando escapar su respiración agitada. Bajó la mirada a su cuello, y ahí estaban las marcas.

Recordarlas lo hacía sentir más asqueroso. Cada vez que lo habían tocado sin su consentimiento le provocaba ganas de arrancarse la piel. Se dirigió a la ducha, abrió el grifo y dejó que el agua helada lo cubriera por completo, como si pudiera ahogar todos esos recuerdos. Esos que impedían que incluso al bañarse pudiera quitarse la ropa. Le daba asco su cuerpo. No quería verlo.

No quería sentirlo. Pero no puedes huir de tu propio cuerpo. No puedes huir de ti mismo.

Su padre no era de mucha ayuda. Cada vez que veía una marca en su cuello o labios, no le preguntaba quién se lo había hecho, solo lo felicitaba, como si un chico de trece años fuera un campeón por tener sexo. Aunque Félix tampoco lo culpaba del todo. Nunca le había dicho nada. Tal vez por miedo. Miedo a que nadie le creyera. Miedo a que, si pedía ayuda, las cosas empeoraran. Ese miedo lo dejaba preso.

Un día, harto de todo, intentó decírselo a su madre. No le dijo con exactitud quién era la persona que le hacía esas cosas. Apenas si pudo hablar; el miedo hacía que las palabras se volvieran más difíciles y complicadas. Pero no pudo ni terminar cuando escuchó una risa seca y burlona. Venía de su madre.

—¿Cómo una mujer va a abusar de un hombre? Eso no pasa. Deja de inventar cosas.

Félix sintió cómo toda la habitación se hacía más pequeña. Tal vez su maestra tenía razón. ¿Quién le creería? Es un chico. Esas pesadillas no les pasan a ellos.

Tal vez era su culpa por no haber podido frenar la situación a tiempo. Por no ser “lo suficientemente hombre” para detenerlo. Se preguntaba si debía callar, si debía disfrutar, si merecía llorar. Su padre repetía: “¿No eres hombre acaso?”.

Así, la rutina se volvió una cadena invisible. Llegar de la escuela, vomitar, llorar, hundirse en el ruido blanco del agua fría que golpeaba su cuerpo y el azulejo.

Era el único momento en que sentía que el mundo se apagaba, que el peso se aligeraba, aunque fuera solo un instante. Ahí, con la espalda apoyada contra la pared, empapado y la mirada clavada en un punto invisible, se perdía en ese sonido que lo envolvía como una manta.



Quería faltar a la escuela todo el tiempo, pero su madre no se lo permitía. Lo obligaba a ir casi todos los días. Y ahí estaba ella; esas clases, en específico sus clases, parecían interminables. Las miradas que le lanzaba, cómo se paraba a su lado y le ponía la mano en el hombro. Ese simple y supuestamente inofensivo movimiento bastaba para provocarle náuseas. El roce lo dejaba paralizado. Siempre intentaba ser el primero en salir de ese salón, parecía normal. Cualquier niño quiere escapar de las clases para ir a su casa a ver televisión; para la vista de sus compañeros y otros profesores era normal. Pero no fue así. Fue casi el último en salir. Su profesora llamó su nombre, y se quedó quieto, en silencio, como si del juego infantil “La trae” se tratase.

Ese día no tomó el colectivo de regreso a casa. Solo caminó un par de horas sin rumbo fijo hasta llegar al puente. Tenía miedo. Aunque ya había saltado de un puente una vez, uno no tan alto, pero lo hizo, fue por diversión, cuando era pequeño y jugaba con sus primos. Al ver la altura del puente se había intimidado, pero su tío le había dicho que no lo pensara demasiado, que solo lo hiciera. Ese era un bonito recuerdo. Era inevitable para Félix sonreír al recordar ese momento cuando todavía se sentía vivo. Esta vez tampoco fue la excepción.

Su mirada se posó en el cielo despejado: la luna, acompañada de las estrellas. Miró el agua. Las luces de los edificios y del alumbrado reflejadas en el río se volvían borrosas con las pequeñas olas. El aire era fresco. Inhaló hasta llenar sus pulmones, como si el aire en ese lugar fuera más puro. Se pasó al otro lado del barandal y contempló por última vez el cielo.

Era una lástima tener que dejar la vida sin realmente querer irse. Pero no encontraba otra forma de escapar. Así que finalmente, saltó. Y dejó que, una vez más, el ruido blanco lo envolviera por completo.

13

LA DECISIÓN

Elisa Yuri Imura Umayahara

Miraba fijamente mis manos, pensando si valía o no la pena. La duda me consumía, pero más fuerte era el dolor. Tanto tiempo de sufrimiento no parecía justo. Mucho menos, algo que quisiera seguir aguantando.

Mi mirada recorrió la habitación, donde el tiempo parecía detenido. El típico aroma a desinfectante llenaba mis pulmones. La televisión estaba encendida, en un intento vano de encontrar algo de entretenimiento.

En mis brazos llevaba unas cuantas marcas de diferentes tonos. Algunas más oscuras, otras amarillentas, unas quizá un poco rojas. ¿Qué si dolían? Pues sí. Pero no era el peor dolor por el que había tenido que pasar.

La puerta se encontraba cerrada. Por allí había salido, segundos antes, aquel hombre que con unas simples palabras dejó caer una tormenta de emociones tras su paso.

A mi lado, estaba una de las personas más importantes para mí: mi madre. Sentada, cabizbaja, con unas cuantas arrugas marcadas en su mentón.

—Lo siento —fue lo único que pude susurrar, pese a que sabía que ella no me escucharía.

—¿Por qué dices eso?

Me sorprendió una voz.

—¿Qué?

—Que por qué pides perdón.

No supe qué responder. No sé si fue porque no entendía quién me hablaba o porque no estaba segura de la respuesta.

—No lo hagas.

De nuevo fui sorprendida. ¿Cómo lo sabía?

—Pero no me siento digna —dije, tras unos segundos de silencio, con la voz más temblorosa de lo que esperaba.

—Nadie nunca lo hace en realidad.

—Ya no los quiero ver sufrir así.

—¿Y de verdad crees que dejarán de sufrir?

Me enojaban sus palabras. La manera en la que hablaba como si lo supiese todo. Sus ojos seguros, como si tratara de demostrarme que comprendía lo que sentía, cuando no es cierto. No puede ser cierto.

—No lo entiendes.

—Sé que sabes que esa no es la solución.

—Entonces dime, ¿qué más puedo hacer? Ya no puedo seguir viendo cómo mi entorno se destruye en función de que “esté bien” y no lograrlo. Ya fueron muchos años. Solo quiero que se detenga.

—Claro, si lo haces, todo se detendrá para ti, pero solo para ti. Además, también detendrás todo lo demás que te ha apoyado. Todos esos momentos que estoy segura no eres lo suficientemente ciega como para no verlos. Incluso tienes personas que te lo han repetido una y otra vez. Hay gente a la que le importas y ellos a ti. No les hagas esto.

Otro silencio llenó la habitación, hasta que, con ojos llorosos y la voz quebrada, dejé caer aquellas palabras que había intentado enterrar y olvidar.

—No puedo.

Me miró con lástima. Y no sé si fue imaginación mía, pero vi cómo el dolor se reflejaba en sus ojos y, por un momento, sentí como si de verdad me entendiera.

—Sí puedes, y lo sabes.

Quise refutar, pero las palabras no parecían fluir, aunque los pensamientos no dejaban de atropellarse entre sí.

—Es... muy difícil.

—Lo sé. No dije que sea fácil.

Me dedicó una débil sonrisa, la cual honestamente, ya casi no podía distinguir debido a la visión borrosa que tenía ante mí.

—Es que no puedo creer en mí misma... y honestamente, ya estoy cansada de luchar. Estoy cansada de tantos intentos y de tantos fallos. Ya no quiero seguir y no creo que tenga lo suficiente como para hacerlo. La gente espera mucho de mí y no... yo no soy capaz. Esto puede mucho más que yo.

Esta vez, las palabras no se detenían. Era como un vómito verbal que yo no era capaz de detener más. Dejé salir todo lo que estaba en mi pecho.

—Y quiero decir ¿por qué a mí? Pero también me parece egoísta siquiera pensar en eso, pues sé que hay personas que la pasan aún peor. Mas simplemente no puedo. No soy la guerrera que a mi padre le encantaría que fuera. No soy la chica alegre que muchas personas creen. No soy la mujer fuerte que muchos otros ven. Solo soy una simple persona, débil, cansada, y con ganas de... simplemente rendirse.

Me escuchó hasta que terminara de hablar, dejando que ponga en palabras todos esos pensamientos negativos sin bases y llenos de temor. Me sonrió y su voz sonó especialmente suave y amable.

—Es difícil y siempre lo será, pero escuchaste las palabras de tu madre, de tu hermana, incluso las de tu hermano y tu padre. Voltea a ver el pasado por un momento. Quizá tú solo veas sufrimiento y dolor, pero yo veo fuerza y valentía. Eres fuerte, incluso más de lo que te das crédito. La prueba más grande es que sigues aquí, pese a la cantidad de veces en las que pensaste renunciar. Has logrado tantas cosas de las que pensaste no creer que fueras capaz. La valentía y fortaleza no es ser inquebrantable, sino levantarse una y otra vez, aunque parezca que la vida nos aplaste.

Me miró directamente a los ojos, esta vez con determinación reflejada en ellos.

—Así que te lo pido, por favor. Por todo el esfuerzo que has puesto hasta ahora. Por ella, que sigue ahí, aguantando las ganas de llorar para no hacerlo frente a ti. Por aquellos que están en camino desde tan lejos solo para verte a ti y apoyarte. Por nosotras... No lo hagas.

Aquella cálida sensación familiar recorrió mis mejillas mientras cerraba los ojos y escuchaba sus últimas palabras, en un susurro firme y convencido:
“Todo estará bien.”

Aunque sé que no había ningún fundamento real detrás de ellas, de alguna manera, sentí que eran reales.

Con un respiro profundo, llenándome de nuevo de aquel aroma característico, volví a escuchar el pitido de esa máquina, junto a los sollozos de mi madre.

Tomé su mano con toda la fuerza que tenía en ese momento, mirándola a los ojos, mientras vestía de una sonrisa débil y los ojos llorosos, además de aquella bata de color pálido y la línea de infusión estéril aún conectada a mi brazo. Y con esa voz temblorosa pero convencida y sin argumentos, le susurré:

—Todo estará bien.



Con esto, rompía la promesa que me había hecho a mí misma, para crear otra. Una nueva promesa en la que, esta vez, elijo seguir luchando. No es necesario que sea perfecto. No importa si caigo de nuevo. Un paso a la vez está bien, aunque a veces parezca que esté dando dos para atrás. Mientras no me detenga, sé que algún día las cosas cambiarán. Incluso si no cambian, quien cambiará soy yo.

Me levanté una vez más, por la persona frente a mí que seguía en su intento de fingir ser fuerte e invulnerable por mí. Y por mí, porque no podía permitir que mi historia simplemente terminara así.

14

ONCE LOROS

Roy Ezequiel González Gerometta

Amanecer en el campo. La temperatura es agradable, propia de estas horas, mucho más teniendo en cuenta que es enero.

Entre las plantas de maíz ya casi listas para ser cosechadas, Francisco caminaba adelante con la escopeta al hombro y empujando una carretilla, pisando como si supiera adónde iban, aunque siempre terminaban en cualquier parte. Gabriel iba detrás, más chico, más ligero y menos tostado por el sol, copiándole el paso y arrastrando una pala. Lo seguía a todos lados desde que tenía memoria. A pesar de la diferencia de edad, consideraba a su primo su mejor amigo.

La casa quedaba lejos, del otro lado del camino largo, donde empezaban las plantaciones. Ahí vivían con la tía y los primos, todos metidos en la misma rutina: escuela a la mañana, campo a la tarde, y disparar. No por deporte sino porque los loros arruinaban el maíz.

Fran tenía 17. A esa edad ya le habían enseñado a usar la escopeta, a no temblar cuando apuntaba. Sabía demasiadas cosas cuando se trataba de sembrar, cosechar o disparar. Gabriel tenía 7 y no tenía que aprender nada todavía. Pero igual iba, porque si Fran iba, él también.

Ese día, el sol estaba aún asomando y los loros hacían escándalo entre las hileras de maíz, devorando los granos jugosos sin madurar, lo que hacía hervir la sangre del mayor.

—Se burlan de mí con sus graznidos —le decía a Gabriel siempre—. Destruyen todo por lo que trabajo.

Se acercaron con cuidado de no espantar a los loros tras dejar sus cosas para poder darles una buena sorpresa, y se detuvieron a unos 35 metros, cerca de un árbol al borde de la plantación que los protegía de la vista. Los loros seguían comiendo, ajenos a todo.

Fran alzó la escopeta. Era pesada y vieja, la usaba desde los 12, desde que su padre los había abandonado. En silencio, se agachó junto al árbol, quitó los cartuchos usados y sacó de su bolsillo municiones de plomo fino. La escopeta tragó los perdigones con un clic sordo y Fran la cerró con una sola mano, como quien cierra una puerta con seguridad.

Gabriel no hablaba. Estaba parado a unos pasos, con las manos en los bolsillos de su bermuda azul, mirando todo el proceso.

La primera vez que su admirado primo disparó el arma y mató loros, lloró mucho. No solo se asustó por el sonido, sino que ver a los loros muertos y despedazados se le hizo muy injusto y cruel. Francisco, siempre paciente, le explicó sobre los efectos negativos que traían los loros a las cosechas y todo eso, y él fue entendiendo. Ahora ya estaba acostumbrado. Lo disfrutaba a su manera.

Los loros estaban en el suelo y en las plantas, verdes y brillantes, encorvados. Chasqueaban los picos, discutían entre ellos con graznidos agudos. Eran muchos. Quizás veinte. Estaban apurados, como si supieran que el banquete no duraría mucho.

—Detrás mío —ordenó Francisco.
Gabriel se puso varios pasos atrás.

El mayor se colocó un par de orejeras para proteger su audición y, levantando el arma con cuidado, se acercó sigilosamente a los loros. Fran se detuvo y apoyó el arma con fuerza sobre su hombro. El dedo índice rozó el gatillo, todavía sin apretarlo, y apuntó con los dos ojos abiertos.

Gabriel se quedó con el corazón agarrado. Era esa mezcla rara que le venía siempre: un poco de miedo, orgullo y amor. No parpadeó.

Fran contuvo el aire. No por nervios, sino por cálculo y algo más que cruzó su mirada: duda. El cañón estaba dirigido justo al centro del grupo. Ajustó la vista y respiró otra vez. Gabriel se tapó los oídos con todas sus fuerzas. Disparó.

El estampido fue seco, violento, y atravesó el pecho de ambos con un rugido. El retroceso sacudió a Fran hacia atrás medio paso, pero se mantuvo firme.

Los loros se deshicieron en una nube de plumas verdes. Algunos quedaron ahí, sin moverse. Otros aletearon convulsos, dando saltos desordenados entre las raíces, dejando líneas rojas como lápices rotos. Un par escapó al vuelo, heridos.

—¡Le diste a muchos, le diste a muchos! ¡Vi cómo explotaban!
—gritó excitado el pequeño, corriendo hacia Francisco.
—¿En serio?
—¡Sí! Vamos, vení, vamos a contar cuántos son —dijo estirándole de la mano.

A Gabriel le gustaba contar cuántos loros eran. La vez pasada habían sido 4, pero el máximo había sido de 8. Los dos fueron hasta los loros deshechos. Los que seguían vivos aún fueron rematados por Francisco mientras Gabriel miraba hacia otro lado. Eso le seguía dando pena. Mucha.

Después de eso se puso a contarlos para saber cuántos fueron, y Fran fue a buscar la pala para enterrarlos.

Unos meses atrás, Francisco no solía enterrar a los loros, pero desde aquella vez que Gabriel había llorado sin consuelo por los pajarracos, había tomado la costumbre de enterrarlos para darle algo de tranquilidad al pequeño.

Apenas estuvo de vuelta, Gabriel se acercó sonriente. Había terminado su conteo.

—¡Son 11, Fran! ¡Es un récord mundial! ¡Es muchísimo! —dijo muy emocionado.

—¡Ahh, qué bien! Le vamos a decir a Hugo que lo superamos.

Francisco se puso a cavarles una tumba mientras silbaba, y Gabriel fue trayendo los cadáveres uno por uno al lado del agujero que se iba formando. Le daba asco levantarlos porque estaban todos sangrantes o despedazados, pero no quedaba de otra. Era parte de su mundo, o eso le gustaba pensar.

Cuando el agujero estuvo listo, procedieron a enterrarlos.

—Adiós, idiotas. ¡Nos vemos en el infierno! —sentenció Fran tras terminar el entierro.

—¡Chauuu! —dijo Gabriel saludándolos, intentando imitar el espíritu de su primo.

En realidad estaba medio triste. Por los loros. Y por los terribles secretos que tenía que cargar a su corta edad.

Fran, mientras tanto, agarró la pala y cubrió los cadáveres con tierra en silencio, respirando hondo como si cada palada le sacara algo del pecho, mirando de reojo a su primo y adivinando lo que estaba pensando. Él también había pasado por eso. Lo entendía, lo comprendía y quería ayudarlo. Él simplemente no había tenido a nadie ahí para escucharlo.



Tras terminar de palear, se puso a aplastar la tierra con fuerza y, de repente, fue hacia un árbol cercano. Agarró dos ramas, se dirigió a la carretilla, tomó un pedazo de hilo y Gabriel observó intrigado cómo sus manos trabajaban haciendo una cruz con eso.

Al terminar se levantó y fue hasta la reciente sepultura, donde colocó la crucecita en silencio. Luego se dio la vuelta para decirle algo a Gabriel.

—Yooo... a mí no me gusta mucho matarlos. Créeme. Pero es que vuelven. Siempre vuelven. Y tienen que pagar por eso. Si fuera por mí no haría esto —afirmó, mirándolo con amor a los ojos, para luego tomarle la mano con suavidad por un momento.

Fran retrocedió un paso y abrió los brazos sin decir nada, en una silenciosa invitación. Gabriel se lanzó contra él con la fuerza de alguien que teme perder su único refugio, y Fran lo sostuvo con fuerza, tan fuerte como se sostiene a alguien que no se piensa soltar nunca.

Después del largo abrazo, Gabriel dejó de estar triste. Siempre había pensado que a Fran los loros y los pajaritos simplemente no le importaban. Que él era un cobarde y desubicado por llorar por “cosas simples”. Pero ahora había visto que Fran sentía, protegía y, sobre todo, que amaba. Y lo amaba a él, y eso era suficiente.

Cuando el sol empezó a brillar con fuerza sobre el maizal, había 11 loros menos en el campo, pero dos corazones más: uno grande y otro pequeño que latían con una fuerza nueva, llenos de esperanza y amor, sosteniéndose el uno al otro en un mundo donde quienes debieron hacerlo les habían fallado.

15

ABRIL DEL 47

Gerónimo Daniel Zarza Aquino

Esto ocurrió hace mucho tiempo: Asunción, 28 de abril de 1947. En la Jefatura de la Policía de Asunción. En aquella época era apenas un adolescente, uno muy delgado y torpe, que apenas se sabía mover. Hasta con la edad que tengo, nunca olvidaré aquel día. Casi siento que puedo respirar ese polvillo que estaba en el aire.

Eran los días de la revolución. En aquellas épocas no sabía mucho de política, pero sabía que estábamos en guerra. No contra Bolivia, esa guerra terminó cuando apenas era un niño en los brazos de mi mamá. No, era un tipo de guerra más deprimente: una guerra contra nosotros mismos. Pero en esa época le dijeron *revolución del 47*.

Sabía que un par de grupos y personas se habían rebelado contra el gobierno del general Morínigo en marzo. Liberales, febreristas, incluso comunistas fieles a Moscú. Querían tumbar el gobierno y

crear otra cosa, no sé muy bien qué, creo que lo mismo que hoy hay en Cuba. De ser así, no debía tratarse de algo bonito.

Para colmo, en abril hubo un amotinamiento en marinería. Esos marinos debieron beber de esa propaganda radial de los comunistas, la voz de ese Barthe y de ese Creydt. Muy elocuentes, sabían vender su discurso. Y también habían metido libros rojos al país: Marx, Engels, Lenin y otros que ni me acuerdo. Todos estábamos preocupados.

Mi padre trabajaba como policía en aquella jefatura; él me consiguió el trabajo como ayudante. Ambos estábamos asustados.

Fue un lunes seco. El amotinamiento de los marinos, con apoyos febreristas y comunistas, persistía. Hubo quienes intentaron hacer un convenio con ellos para evitar que se desatara la violencia. Se cumplió al inicio sin mayores contratiempos. Pero el punto tercero del convenio no tuvo vigencia alguna, pues los dirigentes febreristas y comunistas que comandaban las huestes armadas —que creo que eran unas quinientas o seiscientas— se negaron a hacer entrega de los pertrechos en su poder. Numerosas unidades marineras, de tiempo atrás adoctrinadas, resolvieron hacer causa común con los sediciosos. No había vuelta atrás.

Al alborear el día, con todo sigilo, los sediciosos fueron ocupando excelentes posiciones que las fuerzas leales habían abandonado la víspera del cumplimiento del convenio. Se pusieron toditos por la Avenida Antonio López y la de Colón, hasta la intersección de Humaitá, y también en la Plaza Antonio López. Ahí pusieron sus automáticas. La policía, entre la que estaba mi padre, se desplegó y se aprestó para pelear.

A eso de las ocho, llegó la tropa gubernista para ayudar: muchos militares, pero también muchos miembros del Partido Colorado: hombres descalzos, algunos hasta con piques, sin uniforme reglamentario, con ropas empolvadas y rotas, usando fusiles

viejos y pistolas herrumbradas. Eran los *Pynandí*, colorados que se habían prestado a defender al gobierno de Morínigo contra los sediciosos. Aguerridos y temidos, imponían con el solo hecho de caminar cerca de ti.

Los sediciosos intentaron atacar la retaguardia de las posiciones policiales, pero los *Pynandí* reaccionaron, salvando muchas vidas, incluso la de mi padre. De eso no sabía en ese momento, porque estaba en la jefatura; me enteré más tarde. La tensión dramática creada por estas imprevistas dificultades no mermó la eficacia del Comando Policial, gracias a cuya serenidad y decisión logró conjurarse la grave situación. Antes de que llegara la hora de comer, los sediciosos fueron cercados, batidos y dispersados.

Aquella fue una gran derrota para los amotinados, quienes encontraban cada vez más lejos la posibilidad de dominar Asunción y entregarla a los rebeldes concepcioneros.

A media mañana, el local de la Jefatura de Policía presentaba un aspecto de feria. Todo era un caos insano. Un hormigueo incesante y nervioso de gente confluía en la entrada principal del edificio y se desbordaba en los jardines del patio interior.

Yo seguía a Edgar L. Ynsfrán como un perro sigue a su dueño. En ese entonces todavía no sabía que sería ministro de Stroessner. Todavía nadie sabía quién era Stroessner, de hecho, salvo que en esos días era el artillero que le daba duro a los rebeldes. Aun así, Ynsfrán, como muchos otros, estaba ahí, haciendo su trabajo en medio de tanto caos. Miembros prominentes del Partido Colorado y anónimos ciudadanos concurrían desde las primeras horas a prestar su adhesión a la causa, poniéndose a disposición del Jefe de la Policía.

—Una vez me di a tiros con un comunista en Luque —escuché que dijo un señor de mediana edad—. ¡Y puedo hacerlo de vuelta!

El ruido de las conversaciones era ensordecedor. Con mis desgastados brazos de muchacho apenas podía sostener la pila de

papeles con nombres de gente queriéndose alistar a combatir, todos con pañuelos rojos colgándoles del cuello, la muñeca o el hombro, a falta de un uniforme que los identificara como amigos y no hostiles a la policía y los militares.

El olor a cigarrillo impregnaba el aire. Yo tosía mucho, el señor Ynsfrán también.

Vi a mi padre regresar después del enfrentamiento. Al verlo, quise correr hacia él, pero con un gesto de policía estricto me hizo volver a mi sitio. No estaba herido, pero había sangre en su uniforme. Ynsfrán se puso a hablar con mi padre en el despacho, y ambos a su vez intercambiaron palabras con el Jefe de la Policía, que en ese tiempo era César Augusto Vasconsellos. Y yo, delgado, diminuto, con mil papeles en mis brazos, me limitaba a esperar.

De pronto, por una de las puertas del despacho, entró jadeando y sudoroso un aspirante a oficial, acompañado de un joven campesino con camisa rota, pañuelo rojo al cuello, empuñando con la diestra un fusil. Tenía mucha sangre en las manos, hasta los antebrazos eran rojos. La intempestiva aparición del *Pynandí* cortó de momento el bullicio; la discusión de la sala se convirtió en sepulcral silencio.

El aspirante entró al despacho mientras que el campesino *Pynandí*, sabiéndose sucio, esperó en la puerta. Algo le dijo el aspirante al señor Vasconsellos, pero no recuerdo. Luego, a una seña, se acercó el *Pynandí*. Puso a un costado el fusil, en posición de descanso, se cuadró rígidamente y exclamó:

—Permiso para hablar, señor.

Vasconsellos, quien se hallaba de pie detrás de su escritorio, se lo permitió con un ademán.

El joven campesino colorado, sin pestañear, con un timbre de voz que dejaba traslucir sus sentimientos, dijo:

—Yo soy de Luque. El día de ayer vine con mi padre a enlistarme para luchar. Combatimos juntos esta mañana. Una esquirla de



granada le destrozó el cráneo.

—Es verdad, señor Vasconsellos —dijo mi padre—. Lo reconozco. Lo vi abrazado al cadáver de su padre. Los sediciosos lanzaron una granada contra su posición.

—Llevaron su cuerpo y el de los demás a la morgue del hospital —continuó el joven, ni una lágrima empañó sus rígidos ojos, ni un temblor en sus impasibles labios—. Vengo a solicitar permiso para que se me entregue el cadáver de mi padre para trasladarlo a mi pueblo. Prometo volver para seguir combatiendo.

Vasconsellos quedó cierto tiempo inmóvil, contemplando al chico. Le solicitó el nombre del joven y del difunto padre. El aspirante se lo dio. Tomó una máquina de escribir y redactó una escueta autorización para el hospital, para que retirase el cuerpo. Lo selló y firmó y se lo dio al aspirante. Luego, extrajo de su escritorio un fajo de guaraníes y se lo puso en el bolsillo al joven.

—Mis pésames por tu padre —dijo Vasconsellos—. Toma esto como regalo. Dios te cuide.

—Dios, esto sí es un hombre... —dijo Ynsfrán.

Lo recuerdo y me pregunto... ¿qué es un hombre?

16

ENTRE LIBROS Y SILENCIOS

Belissa Fabiana Nizuyda Duarte

Belinda tenía diecisiete años y atravesaba un momento de transformación emocional importante. Había estado en una relación con Patrick, un joven que en apariencia reunía todos los atributos deseables: carisma, encanto y una imagen de seguridad. Sin embargo, con el paso del tiempo, Belinda comprendió que su vínculo con él era frágil y superficial. Patrick no mostraba interés en construir algo serio ni estable, y cada vez que surgía la conversación sobre el futuro o el compromiso, evitaba profundizar.

Ante esta realidad, y luego de varios intentos por obtener claridad y reciprocidad emocional, Belinda decidió poner fin a la relación. No fue una ruptura dramática, pero sí significativa. Para ella, significó un acto de autoafirmación y dignidad personal.

En las semanas siguientes, Belinda sintió un vacío comprensible, pero también un ligero alivio. Se dio cuenta de que, aunque dolía soltar una ilusión, era más doloroso mantener una relación sin propósito. Fue en ese período de búsqueda de estabilidad

y equilibrio emocional cuando conoció a Máximo. El encuentro fue casual, en un entorno cotidiano: la biblioteca del colegio. Allí compartieron un interés por la literatura juvenil contemporánea, y este punto en común permitió el inicio de una conexión más profunda.

La relación entre ellos evolucionó rápidamente, primero como una amistad sólida. Se encontraban frecuentemente para estudiar, intercambiar ideas sobre libros y comentar películas o música. Pronto, esa compañía constante y natural se convirtió en una base de apoyo emocional para ambos.

Máximo era una persona observadora, paciente y con una energía tranquila, cualidades que contrastaban con la intensidad y la imprevisibilidad de Patrick. Belinda, por su parte, encontró en Máximo a alguien con quien podía ser ella misma, sin temor al juicio ni a la indiferencia.

Durante los primeros meses, su vínculo se consolidó en un plano puramente amistoso. Compartían momentos de confianza y complicidad, hablaban de sus sueños, sus frustraciones y sus pequeñas victorias cotidianas. Sin necesidad de palabras románticas, ambos fueron reconociendo una cercanía emocional distinta.

Máximo se convirtió en su confidente más cercano, en alguien que no solo escuchaba, sino que comprendía lo no dicho. Belinda, por su parte, encontraba en él una presencia constante y serena que le devolvía la esperanza en el afecto sincero.

Con el tiempo, los sentimientos comenzaron a transformarse. Lo que en principio fue una amistad basada en intereses comunes y mutua simpatía empezó a adquirir un matiz diferente. Belinda se sorprendía a sí misma pensando en Máximo más allá de los encuentros escolares. Se preocupaba por cómo estaba, por lo que sentía, y valoraba profundamente los gestos pequeños que él tenía: una mirada de aliento, una palabra precisa en el momento necesario o un mensaje inesperado durante el día.

Por su parte, Máximo también empezó a experimentar un afecto más profundo. Observaba en Belinda una autenticidad que lo conmovía y una fuerza interior que admiraba.

Cuando ambos reconocieron internamente ese cambio, no fue necesario hacer grandes declaraciones. Su relación evolucionó de manera natural hacia el amor, sin imposiciones ni expectativas rígidas. Comenzaron a pasar más tiempo juntos fuera del colegio, en espacios tranquilos, sin necesidad de actividades planificadas.

Su conexión se caracterizaba por una calma emocional poco común en relaciones adolescentes. No se trataba de una pasión impulsiva, sino de un vínculo sereno, en el que ambos se sentían valorados y comprendidos.

El paso de la amistad al noviazgo no supuso una ruptura con la dinámica previa, sino una profundización. Seguían siendo los mismos compañeros de conversación y confidencias, pero ahora con un lazo afectivo más evidente. Belinda, que había sufrido la indiferencia y la incertidumbre con Patrick, encontraba ahora en Máximo una figura emocionalmente presente y comprometida. No necesitaba interpretar silencios ni buscar señales ambiguas. Lo que recibía de él era claridad, respeto y constancia.

A lo largo del tiempo compartieron experiencias significativas que reforzaron su relación. Participaron juntos en proyectos escolares, acompañaron a sus respectivas familias en momentos importantes, y fueron construyendo recuerdos que marcarían su adolescencia. También enfrentaron pequeñas diferencias y aprendieron a resolverlas con madurez y diálogo, conscientes de que el amor no excluye los desacuerdos, sino que implica la voluntad de superarlos juntos.

La historia de Belinda y Máximo no fue extraordinaria por grandes gestos o eventos fuera de lo común. Lo fue, en cambio, por la honestidad de su evolución y la solidez de sus cimientos. Ambos aprendieron que el verdadero amor no siempre llega con intensidad desbordante, sino con una presencia tranquila que se consolida día a día.



Belinda encontró en Máximo lo que no había tenido antes: reciprocidad emocional, atención genuina y un proyecto compartido, por más simple que fuera.

Mientras el año escolar llegaba a su fin, y con él se acercaba el cierre de una etapa importante, Belinda y Máximo se mantenían juntos, proyectando a corto plazo con la madurez de quienes saben disfrutar el presente sin perder la visión del futuro. Sabían que vendrían nuevos desafíos, pero también sabían que se tenían el uno al otro, y que lo construido no era frágil ni circunstancial.

Era real.

Y para ambos, eso bastaba.

17

ELLA Y YO

Montserrat Sofia Mongelos Burgos

Todo comenzó cuando me cambié de escuela. Al principio no sentí emoción alguna; la pandemia había obligado a que las clases fueran virtuales, y solo conocía a mis compañeros a través de una pantalla. Adaptarme no fue fácil, pero poco a poco lo logré.

Fue entonces cuando una chica me escribió por el chat. Parecía interesada en conocerme y, en una de esas charlas, le mostré un dibujo que había hecho a mano de un personaje de Pokémon. Me elogió con sinceridad, y fue la primera vez que alguien me hacía un cumplido así. Fue entonces que sentí algo especial.

Cuando volvimos a las clases presenciales, ella se acercó y, un día, sin avisar, corrió hacia mí y me abrazó. Ese abrazo fue como un jardín de flores para mi corazón, una sensación nueva y cálida que nunca había experimentado. Ella era amable, dulce y siempre estaba a mi lado. Poco a poco, me di cuenta de que, gracias a su presencia, tenía motivos para enfrentar cada día.

Aunque éramos distintas (ella extrovertida, yo introvertida), se adaptaba a todos, y yo solo me acercaba a quienes me

daban confianza, como ella. Pero con el tiempo, noté que algo empezaba a cambiar. Me contó que había decidido cambiar para protegerse, para que no se aprovecharan de su amabilidad. Lo acepté, aunque me dolió.

Pasé por una etapa muy difícil. Me volví dependiente de ella, porque era la única persona en la que podía desahogarme, aunque sabía que no debía hacerlo tanto. Con el tiempo, su tono cambió, se volvió seco incluso cuando le pedía ayuda, pero con otros era amable. Esa indiferencia me generó miedo de buscar ayuda en cualquier otro lugar.

Empecé a hablar menos de mí, a escucharla más, y a notar su incomodidad. Un día apareció una nueva chica y, sin darme cuenta, nos convertimos en un triángulo. Ella empezó a pasar más tiempo con esta nueva amiga, haciendo cosas que antes hacía conmigo... y otras que nunca había compartido conmigo. Me sentía cada vez más invisible. Pero no era por celos, sino por inseguridad: el miedo a dejar de ser suficiente.

Intenté decirles que me sentía excluida, pero la conversación terminó sin resolver nada. Cuando Flor anunció que se cambiaría de escuela, sentí tristeza. Pero para la otra era devastador. Ella rogaba para que Flor se quedara, y solo decía que la extrañaría... como si yo no importara.

Al año siguiente, sin Flor, las cosas parecían tranquilas, hasta que un día ella me dijo con indiferencia: "No, no te conozco", cuando le pregunté si acaso me conocía. Ella no sabía interpretar mis tonos y expresiones, ya que yo no era muy expresiva. Fue como si una parte de mi corazón se rompiera en mil pedazos al escuchar esa respuesta.

Aceptaba las migajas de su afecto sin darme cuenta. Mi cuerpo se acostumbró a recibir poco, y fui yo quien la acostumbró a eso. Todo parecía ir bien, hasta que, en una clase de guaraní, me sentí tan sola y estresada que lloré por no completar un ejercicio ni entregar la tarea a tiempo. Su reacción fue seca, como si ya

estuviera cansada de verme así.

Un viernes, en una salida al teatro, me ignoró y rechazó mi intento de acercarme. Me sentí tan mal que se lo conté a Flor, quien me aconsejó preguntarle si estaba enojada conmigo. Su respuesta fue un no, pero con la condición de que cambiara mi forma pesimista y, solo entonces, tal vez consideraría seguir siendo mi amiga.

Más tarde, Flor me mostró una captura donde ella se quejaba de “mi personalidad de mierda”. Me quedé paralizada y solo pude llorar.

Día tras día, mes tras mes, la tristeza me consumía. Mi corazón estaba agotado y mis ataques de ansiedad aumentaban. Imaginaba romper mi corazón para liberarme de tanto dolor. Y entonces todo tuvo sentido: mis visiones, esas imágenes que no entendía, eran avisos que no supe interpretar a tiempo. Me di cuenta de que ella estaba en todas... como un trozo de vidrio clavado en mi mente.

Esa etapa fue de las más duras. Solo verla, escucharla, que tocara mi mesa, ya me resultaba insoportable. Mi cuerpo la sentía como un peligro. Lo más doloroso era saber que jamás valoró todo lo que le di, y que parecía mostrar empatía hacia otros antes que hacia mí.

Aun así, me dediqué a entenderla, a analizarla, para encontrarle sentido a todo. No quería odiarla ni guardar rencor. Solo necesitaba cerrar ese ciclo, aunque doliera. Ella dejó caer mi corazón mil veces, y siempre la perdoné. Pero esta vez no. Ella nunca pidió perdón, y, sin embargo, yo siempre fui quien reconoció hasta los errores más pequeños.

Semanas después, un viernes en que faltaron muchos, me habló de nuevo con un “cuánto tiempo...”. Contuve las lágrimas. Estaba pintando con verde y morado. Me preguntó si los colores representaban personajes que me gustaban. Respondí que sí, pero en realidad eran los colores de su alma y la mía.



Ella es el color morado: un brillo desconcertante, misterio que atrae y aleja, mezcla de luz y sombra. Sensible y fría, siempre envuelta en secretos que nunca termina de mostrar.

Yo soy el color verde: raíz firme que se aferra a la tierra, que intenta sanar a pesar de sus heridas. Con un corazón lleno de hojas nuevas, aunque muchas veces se marchite en silencio. Busco equilibrio, aunque me tiemble el alma; me cuesta avanzar, pero nunca dejo de intentarlo.

Aún siento su campo emocional. Lloro por lo mismo que yo, pero en otro tono. Duele estar ahí, como estar junto a una bola de espinas. Me deja agujeros, y, aun así, me quedo, porque puedo ver su alma sensible queriendo llorar, buscando escapar de donde la dejaste.

Tal vez siga buscando un lugar seguro... pero yo ya no tengo fuerzas para serlo.
Ojalá reiniciar.

18

ES OTURAN

Samuel Jonh Alexis Benitez Forcado

Oturan siempre había sentido una gran fascinación por el cielo estrellado.

Su amor por el universo lo llevó a convertirse en profesor de Astrofísica en una universidad de Canadá, donde dedicaba sus días a enseñar y a buscar respuestas en las estrellas. Estaba casado con Adhara desde hacía cinco años, y le había pedido matrimonio en el Observatorio Vera C. Rubin, en Chile, durante unas vacaciones, bajo un cielo tan claro que parecía prometerles toda una vida juntos.

Últimamente, Oturan se encontraba algo perdido. Le costaba encontrar felicidad en las cosas que anteriormente le hacían sentir vivo: escuchar buena música, leer un libro, mirar una película o sentirse amado. Cosas simples, pero que para él lo eran todo: la familia, el amor, la poesía, los logros de la humanidad.

El tiempo no le alcanzaba para consumir más conocimiento. Y, sin embargo, era un hombre humilde, siempre con los pies en la tierra.

Así también era un hombre de mucha fe. Creía profundamente en Dios. Era cristiano.

Si bien era un hombre de ciencia, sabía que tanta complejidad no podía existir por pura casualidad. Había algo —o alguien— superior, increado, el creador de todo. Para Oturan, ser profesor de astrofísica no significaba alejarse de Dios; al contrario: usaba la ciencia para reforzar su creencia, como alguna vez fue el verdadero origen de la ciencia. Siempre decía: “El primer sorbo de agua te hará ateo, pero en el fondo del vaso hay un Dios que te espera.”

En su juventud, durante una búsqueda profunda de sí mismo, ya se había sentido así: vacío, sin rumbo ni objetivos, solo existiendo. Decidió entonces buscar respuestas afuera, pues le costaba encontrarse dentro.

Usó sus ahorros para emprender un viaje y tener tiempo para pensar. No tenía mucho dinero, por lo que sus opciones eran limitadas. Pero eso no le importó: prefería mil veces ver naturaleza antes que una ciudad. Necesitaba conectar con algo más puro. La respuesta fue la Patagonia argentina.

Allí conoció la grandeza de las montañas, la belleza serena de sus paisajes. Se sintió pequeño, pero profundamente agradecido. Gritó al cielo:

“¡Dios, ¿tú has creado esto para mí?!”, y lloró.

Pero ahora, en el presente, la realidad era distinta. Ya no había paisajes por mirar, ni sitios nuevos por descubrir. La avaricia del hombre y su afán de control habían causado daños irreparables a la Tierra. Por otro lado, la humanidad había avanzado significativamente en la carrera espacial. Se exploraba más allá de Marte, incluso ya se realizaban excursiones por el espacio cercano, con naves sofisticadas de última generación.

Oturan anhelaba ver el más allá con sus propios ojos. Llevaba años ahorrando para cumplir ese sueño. En su cumpleaños número 47, Adhara, su gran amor, decidió cumplirlo con un regalo muy especial: “Ve y encuéntrate una vez más”, le dijo.

Y así comenzó el final de la historia de un hombre... y de un matrimonio ejemplar.

Llegó el día de la excursión.

Eran completamente seguras y ya comunes, tanto como subirse a un autobús lo era en los 2000. Los viajes espaciales se realizaban con tecnología que permitía velocidades cercanas a la de la luz, aunque los viajes más allá del sistema solar seguían reservados solo para sondas no tripuladas. Los humanos aún no estaban listos para cruzar esa frontera, pues sabían lo que implicaba: Salir del sistema solar era no tener un lugar al cual volver.

Lo que para los tripulantes sería un instante, para la Tierra podrían ser milenios.

Por eso, las excursiones humanas se limitaban a trayectos seguros: bordear Marte y regresar.

Oturan se despidió de su familia y de Adhara con un fuerte abrazo y un “hasta pronto”. La nave despegó a las 10:00 de la mañana desde Cabo Cañaveral, con destino a las órbitas marcianas.

Como era de esperarse, los turistas espaciales no podían amartizar. Aun así, tan pronto como abandonaron la atmósfera, pudieron observar la majestuosidad de la Tierra... y lo pequeños que somos.

Para Oturan, fue como ver las montañas de la Patagonia por primera vez. No podía salir de su asombro. Y sí... también tenía miedo. Mucho miedo.

Durante el viaje, no apartaba la mirada del cosmos. Veía estrellas que brillaban con más intensidad que nunca. El Sol, ese mismo que tantas veces observó desde la Tierra, ahora lo acompañaba en el silencio del vacío. El espacio era vasto, casi abrumador. Pero por encima de todo eso, Oturan sentía amor. Un amor profundo por la existencia misma.

Recuperó su fe y su gratitud, sabiendo que todo su esfuerzo, sus dudas y sus búsquedas habían valido la pena.

Hasta que ocurrió lo impensado.

Nadie —ni siquiera las mentes más brillantes— podía comprender lo que apareció ante la nave.
Un fenómeno nuevo, imposible.

Una anomalía frente al lado oculto del planeta rojo. Una especie de pliegue en el espacio, una herida cósmica: un agujero de gusano.

Y lo más inquietante: no estaba allí antes.
No era la primera vez que una nave pasaba por esa zona.

¿Cómo había surgido?

¿Por qué los satélites no lo detectaron antes?

La información llegó a la Tierra con minutos de retraso. Los técnicos sabían que ya era demasiado tarde. La nave ya estaba siendo absorbida por el fenómeno. Aunque no tenía una fuerza de atracción tan intensa como un agujero negro, era suficiente para envolver a la nave.

Oturan, desde la cabina, miraba lo inexplicable. Era como si el espacio se hubiera roto sobre sí mismo. Una espiral de luz y oscuridad. Una grieta en la realidad. Y él, frente a ella, pensaba: “Si muero ahora, moriré feliz.”

En la Tierra, la noticia no tardó en llegar. Adhara no podía asimilar lo ocurrido. No lloró. Sentía impotencia, pero ninguna lágrima brotó. Solo se preguntaba:

“¿Realmente te perdí?”

Pasaban los días y no había señal alguna.

Era de esperarse: la naturaleza de un agujero de gusano es apenas comprendida, y las teorías —por más bellas que sean— no traen promesas alentadoras.



Adhara dejó de dormir, pero algo en su interior se aquietó. Quizás porque entendía que Oturan no había muerto, ni había desaparecido...

Simplemente su reloj era otro.

En algún rincón del universo, él aún existía.

Porque ella lo sentía. Porque estaban conectados.

Tal vez obedeciendo a leyes tan profundas como la ecuación de Dirac, aquella formulación cuántica que demostró que la realidad contiene más de lo que nuestros sentidos pueden percibir.

Porque compartieron momentos en los que cada átomo de los dos se entrelazó e interactuó, formando un único sistema, que ni los años luz podrían romper.

Porque tanto Adhara como Oturan creían, sin dudarlo, que:

El amor es la única cosa que podemos percibir y que trasciende dimensiones de tiempo y espacio.

19

LA PROMESA DEL JACARANDA

Brenda Nicole Vera Schmickler

En un pueblo escondido entre la abundante selva, yacía una joven de nombre Koyoi, de larga cabellera negra, ojos verdes que brillaban como el sol resplandeciente y tez canela como la miel. Fue encontrada bajo un árbol de jacarandá por Ñambí, hija del cacique de aquel pueblo, quien —sorprendida al ver a tan bella criatura sola y tan cerca del peligro del valle, donde merodeaban yaguaretés— la llevó cuidadosamente a su casa, con la esperanza de que su madre apareciera y viniera por ella.

Ka'a Jarýi, diosa de la yerba mate, y Karia, dios del fuego y de las ramas, se habían enamorado en secreto en un cálido verano, en un preciado jardín del cielo en el que vivían. De su unión nació una bella niña, llamada Koyoi. Taú, espíritu del mal, quien entonces amaba a Ka'a Jarýi y había sido rechazado tras declararse, se llenó de ira al enterarse del nacimiento de la bebé y juró matarla apenas fuera expuesta al mundo.

Con miedo a que Taú la encontrara, Karia y Ka'a Jarýi decidieron esconder a su hija en la tierra, en un lugar apartado dentro de la densa selva del pequeño pueblo de Hohenau. La depositaron bajo un árbol de jacarandá, bendiciendo sus flores lilas como escudo y refugio, con la esperanza de que Taú se olvidara de

la pequeña y que, algún día, pudiera volver a los brazos de su madre.

Fue así como, entre lágrimas y sollozos, Koyoi llegó al mundo, arrullada por la ternura de las brisas primaverales, y fue encontrada bajo aquel árbol frondoso por Nambí, en un pueblo que parecía escondido del tiempo y del mundo.

Koyoi creció sana, y su hermosura brillaba con singularidad a cada año que pasaba. Un día, mientras descansaba bajo el árbol donde la habían encontrado 17 años atrás, conoció a un joven de ojos azules como el mar y cabellera blanca, brillante como nubes de algodón. La observaba desde un pozo de agua. Su nombre era Saja. Aquel encuentro forjó una relación que, con el paso de los meses, se convirtió en algo más que amistad.

Una noche, durante uno de sus muchos encuentros, el joven Saja, con lágrimas talladas en su rostro pálido, le confesó a su amada que debía viajar a la capital del país por un encargo. Prometió que se reencontrarían bajo el árbol de pétalos lilas en tres meses. Koyoi, con lágrimas en los ojos, se despidió de su amor y regresó a su hogar.

Pero el destino de Saja no era la capital. Él no era un joven común: era Jakaira, dios de la bruma. Un día, mientras recorría los prados como de costumbre, quedó cautivado por la belleza irreal de Koyoi. Un espíritu del bosque le reveló que la joven no era una mortal cualquiera, sino hija de dioses. Al saberlo, Jakaira fue en busca del consentimiento de sus padres, quienes lo aceptaron. Ka'a Jarýi le advirtió sobre los malvados planes de Taú. Sin perder tiempo, Jakaira tomó su sagrado arco y partió hacia el árbol de jacarandá.

Taú, que durante 17 años había seguido buscando a Koyoi, transformado en serpiente, escuchó hablar en las cercanías de un pueblo de una joven milagrosa, hallada bajo un jacarandá. Lleno de rabia, marchó a encontrarla, decidido a acabar con su vida. Allí estaba ella, entre las flores lilas del árbol sagrado.



Convertido en una víbora blanca y brillante como el cuarzo, Taú se arrastró hacia Koyoi, dispuesto a morderla con su mortal veneno. Pero, justo antes de alcanzar su objetivo, una flecha cruzó el aire y lo derribó. Era Jakaira, el dueño de la bruma, que se había disfrazado de Saja. Su poder era suficiente para desterrar a Taú del mundo de los humanos y enviarlo de vuelta al lejano inframundo.

Koyoi, temblando, miró al joven que tanto amaba y le preguntó, con la voz entrecortada:

—¿Quién eres en realidad?

Jakaira respondió:

—Soy el dios de la neblina, Koyoi. Me he enamorado perdidamente de ti. Ninguna flecha es más fuerte que la que tú has clavado en mi corazón. Déjame entrar en el tuyo, y haré de ti la mujer más feliz de toda la tierra... si me lo permites.

Koyoi, con lágrimas en los ojos, corrió a los brazos de Jakaira, y finalmente se unieron como pareja.

Y vivieron felices por siempre.

20

EL ECO DE LA INJUSTICIA

Sol Eunice González Espínola

Se encontraba Sócrates bajo un árbol de mango:

—Es mejor cambiar una opinión que persistir en una equivocada

—dijo, dirigiéndose a una silueta poco reconocible.

¿A qué podría deberse tanta sabiduría y erudición?

Nos transportamos al año 2025. Allí vemos a Akram, un joven de 25 años, en una especie de... ¿sueño?, ¿hipnosis? Se encontraba en sopor. Sin embargo, el sueño en el que estaba inmerso se sentía más bien como una serie de mensajes subliminales subconscientes, que iban y venían en una lucha interna consigo mismo. Akram era espectador de un desfile de los grandes de la filosofía: sabios con la capacidad de ver la vida tan clara como una gota de agua cristalina. Un desfile con un propósito que, a veces, no se comprende.

¿Qué está ocurriendo?

Volvemos al hermoso y amplio árbol de mango. Sócrates contemplaba el cielo azul con solo alzar la vista. Unos días antes, su discípulo Platón se había acercado a él, inquieto, sin poder dormir durante casi una semana.

Le relató un hecho: un joven de 17 años, considerado aspirante a filósofo, había sido asesinado por otro de apenas 16, cegado por la envidia y la frustración de no haber sido reconocido. El crimen fue cometido en un pueblo muy concurrido. Apuñalado por la espalda, el joven murió.

La justicia llegó meses después, imputando al culpable, pero la familia del fallecido seguía sumida en el dolor. La hermana del joven asesinado vivía un dilema constante. Las preguntas se agolpaban en su mente: *¿Por qué el culpable no se hace cargo? ¿No merece pagar con su vida? ¿Los homicidas y violadores no son basura que debe ser desechada?*

Platón se había acercado a ella en una visita. Fue recibido con una sonrisa, pero al tocar el tema de la muerte del hermano, la expresión de la joven cambió. Sus ojos, antes brillantes, se apagaron como si en su interior algo se hubiera roto. La rabia, el rencor y el dolor la desbordaban.

—Prefiero vivir arrepentida por hacer justicia —dijo entre lágrimas— que vivir arrepentida por no haber hecho nada. La justicia es pagar con la misma moneda.

Platón quedó impactado. Como filósofo, se enfrentó a un dilema. ¿Qué podía hacer él? ¿Tenía derecho a detenerla? ¿Estaba realmente mal eliminar a alguien que solo ha hecho daño?

Sólo sabía que no dormiría tranquilo.

Entonces, una tarde, Platón fue en busca de Sócrates y le contó todo.

Sócrates, con su sabiduría habitual, le respondió:

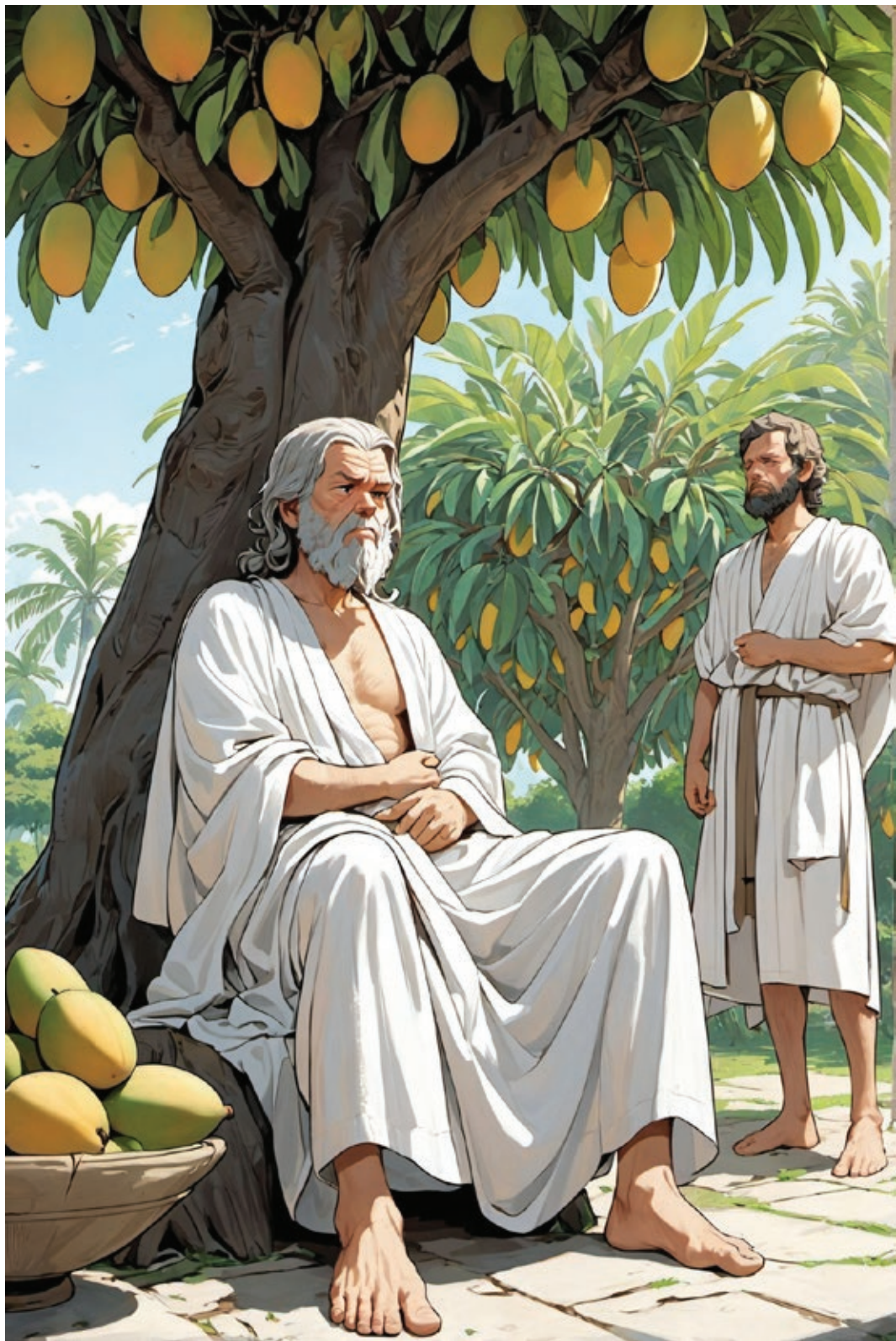
—Un crimen es un crimen. Pagarlo con otro acto atroz solo nos lleva a un ciclo sin fin de guerra, odio, rencor y remordimiento. La única forma de encontrar la paz es perdonando. La verdad se identifica con el bien moral; quien conozca la verdad no podrá hacer menos que practicar el bien.

Estas palabras, dulces como miel, llegaron a los oídos de Platón... pero al desvanecerse el dulzor, quedaron las espinas del remordimiento.

Akram empezó a temblar. Intentó despertar del horrible sueño... pero en lugar de salir, cayó más profundamente en él.

Esta vez estaba frente a la chica. Ella tenía un cuchillo en la mano, y frente a ella, dormía el asesino de su hermano.

En un pestañeo, la chica apuñaló al joven. Frío como hielo, como nieve... como un glaciar. Pero, a la vez, reconfortante como una taza de té. Akram sintió alivio: vio en los ojos de la chica la paz de haber hecho justicia. Pero también sintió preocupación, porque ahora ella enfrentaría a la verdadera justicia.



La noticia llegó días después a oídos de Platón. Las palabras de Sócrates se confirmaban: era un ciclo sin fin. Platón cambió su opinión. El rencor no era opción. Decidió abrazar la sabiduría de su maestro: el camino del perdón.

Pero entonces, ¿por qué el sueño de Akram se sentía más como una pesadilla?

Un nuevo temblor. Una última escena: Sócrates le decía a Platón: —Es mejor cambiar una opinión que persistir en una equivocada.

Platón, conmovido, comprendió. Había aprendido la lección. Su criterio se transformó. Se sintió bien: era un hombre del bien, con moral y principios sólidos.

—Despierta... Despierta... —escuchó Akram entre sueños.

Sintió un frío recorriendo su cuerpo. Abrió los ojos. Despertó con lágrimas en el rostro. Pero no despertó en paz.

Despertó a su realidad: una pesadilla peor que cualquier sueño. Su hermanita, de apenas 5 años, había sido asesinada.

¿Y el asesino? Libre. El sueño, ¿fue una advertencia para no caer en el rencor? ¿O un llamado a hacer justicia con sus propias manos?

La decisión ahora era suya.

Es sabio guardar prudencia, pero... ¿no es más puro hacer justicia?

¿Por qué conformarse con tanta injusticia? ¿No es leal y digno alzar la voz por los que ya no pueden hablar?

Claramente, lo correcto es hacer el bien. Pero, ¿cómo distinguir el bien del mal en una sociedad tan corrompida?

Akram tiene una vida. Su hermana ya no.

Entre lágrimas, sabe que el día será largo. Pero quiere tratar de soltar.

No hacer lo que uno desea en estos casos requiere un valor inmenso. Es admirable. Por ahora, seguirá con su vida... intentando ser mejor.

Pero... ¿hasta cuándo podrá aguantar?

Y si lo hace... ¿no estará haciendo lo mismo que todos? Soltar, por miedo. Por falta de coraje. Por cobardía.



Kreusser e/ Independencia y Honorio González
+595 71205454 - recepcion@unae.edu.py
Encarnación - Paraguay